

BOLSILLOS
BRUGUEIRA

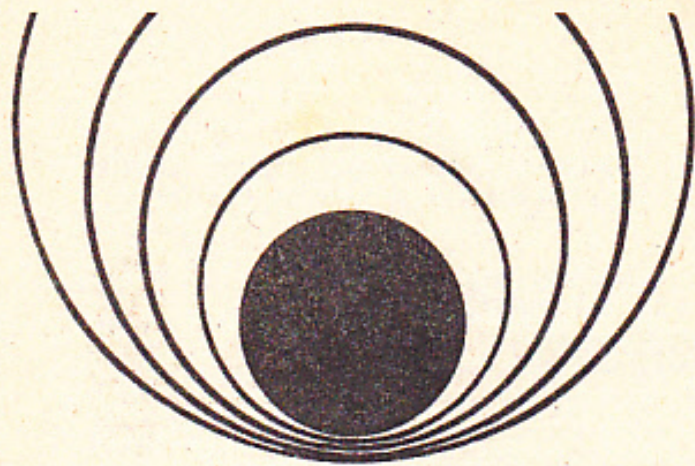
PUNTO
ROJO

13 CLAVOS PARA UN ATAUD

Clark Carrados

PARA MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
TRECE CLAVOS PARA UN ATAUD

Colección PUNTO ROJO n.º
1.047 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1,793 — Rancho «Desesperación».

En Colección SERVICIO SECRETO:

1658 — La sargento Brown, culpable de asesinato.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.041 — La isla de cristal color de sangre.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 10.653-1982

Impreso en España • Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1982

1.a edición en América: noviembre, 1982

© Clark Carrados - 1982

texto

© Martin - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (Espafia)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1982

CAPITULO PRIMERO

Las grandes puertas de metal se cerraron a sus espaldas. Con los ojos entornados, Jeffrey Thorne aspiró a pleno pulmón la brisa marina que llegaba de la cercana bahía. En el patio, también había respirado la misma brisa, pero ahora era muy distinto.

El aire de la libertad era otro, se dijo, mientras echaba a andar, con un pequeño maletín en la mano, que contenía sus escasos efectos personales. Se preguntó si había merecido la pena pasar tres años detrás de los muros de San Quintín.

Avanzó por la explanada. De la bahía llegó el ronco sonido de la sirena de un barco que avanzaba lentamente sobre las aguas. Unas gaviotas chillaron frenéticamente en las alturas.

De pronto, un hombre le cerró el paso.

—Hola, Jeff.

Thorne se paró en seco.

—¿Sargento?

—Ha estado tres años ahí adentro —dijo el hombre—. Supongo que eso le habrá hecho reflexionar.

—¿Reflexionar? ¿Acerca de qué? —preguntó Thorne irónicamente—. ¿Reflexionar sobre los aciertos de una justicia que me envió a presidio, sin tener nada que ver con el delito del que se me acusaba? Sargento Hillburt, usted tiene ganas de hacerme reír con un chiste malo.

—No se haga de nuevas —contestó Hillburt ásperamente—. Fue usted el que provocó la condena, con objeto de que pasara un tiempo y se olvidara otro asunto mucho más importante. ¿Dónde están los catorce diamantes de la colección Marstone?

—No sé de qué me está hablando, sargento. Yo no los robé...

—Los robó, tan seguro como que el sol sale todos los días. Pensaba que olvidaríamos el caso, pero está equivocado. Jeff, puede marcharse, pero tenga la seguridad de que no le vamos a dejar solo un momento y, en cuanto intente vender una sola de esas piedras, le echaremos el guante y lo traeremos aquí de nuevo, para que se pudra hasta que muera.

Thorne se encogió de hombros.

—Hablar no cuesta nada —respondió, indiferente.

—Su hija no ha venido a esperarle a la salida —dijo Hillburt—. ¿Dónde está?

—Le prohibí que viniera. No me gustaba la idea de abrazarla en este escenario. —Thorne señaló con el pulgar el conjunto de sombríos edificios que tenía a sus espaldas—. No es un panorama demasiado agradable —añadió.

—Está bien, váyase, pero recuerde lo que le he dicho: le vigilarémos constantemente, día y noche, a todas horas, y le aseguro que va a poder vender las piedras tanto como yo puedo verme la nuca sin un espejo.

Thorne hizo una mueca. Luego continuó andando.

Hillburt retrocedió hasta un coche que aguardaba a poca distancia.

—Ahora tomará un taxi de los que esperan en la parada —dijo al hombre que estaba sentado tras el volante—. Prepárese para seguirle, dondequiera que vaya.

—Sí, señor.

Thorne se acercó a la hilera de taxis y llegó al primero. Abrió la portezuela y entonces, un hombre que se hallaba en el asiento posterior, le disparó un par de tiros.

Hillburt se quedó con la boca abierta. Thorne retrocedió, tambaleándose, con una expresión de indescriptible angustia en sus ajadas facciones. El asesino disparó por tercera vez, cuando ya el coche iniciaba la arrancada.

Thorne cayó al suelo. Hillburt no se molestó en socorrerle; sabía que ya estaba muerto. De un salto, se coló en el interior del coche y lanzó un grito penetrante:

—¡Sígalo, Ashen!

El coche policial arrancó, pero inmediatamente empezó a moverse de una forma muy extraña. El agente Ashen frenó, cortó el encendido, se apeó y examinó con rostro melancólico la rueda trasera derecha.

Hillburt se apeó también. Ashen se inclinó, alargó la mano, forcejeó un poco y acabó por arrancar de la goma un trozo de madera, del que sobresalían dos enormes clavos.

El sargento lanzó una maldición.

—Esos miserables lo previnieron todo —barbotó.

El taxi había desaparecido ya. Hillburt encargó a su subordinado que diera la noticia por radio. Luego se acercó al caído.

Apartó a la gente con brusquedad. Se arrodilló junto a Thorne, pero sabía que era pura fórmula. Aquellos tres sangrientos orificios en el pecho del ex convicto tenían un significado harto siniestro que se comprendía en el acto.

—Ya no dirá dónde escondió los catorce diamantes Marstone —murmuró, enormemente defraudado.

Con ojos de cordero degollado, Quint Ayres contempló el exuberante escote de la rubia que se hallaba con él en la mesa. Ayres no era tonto y sabía que la rubia no estaba con él sólo por su atractivo personal. Pero prefería engañarse un poco a sí mismo y pensar que sus encantos habían conseguido el pequeño prodigio de hacer que aquella joven saliese con él a cenar. Luego...

La rubia tenía cara de tonta, pero no lo era en absoluto. Esto, sin embargo, le importaba muy poco a Ayres. Ella dengueaba y hacía gestos casi infantiles, pero sólo porque era su obligación. Ayres la adulaba constantemente, haciendo cálidos elogios de sus innumerables atractivos físicos.

De pronto, ella dijo:

—Quint, ¿por qué no nos dejamos de tonterías y vamos directamente al grano?

Ayres respingó.

—¿Qué quieres decir? —exclamó.

Binnie Cushing sonrió de un modo especial.

—Quint, la evidencia siempre es difícil de negar. Yo sé que soy guapa y que estoy muy atractiva. Puedo ver claramente en tus ojos lo que quieres de mí. Está bien, no quiero engañarte. Te dije que trabajaba como modelo fotográfico en un estudio, pero no es cierto. Detesto las ficciones, ¿sabes?

—Y con eso, ¿adónde quieres ir a parar?

Ella meneó la cabeza.

—Creo que te voy a perder, pero prefiero darte el disgusto ahora. Compréndelo, yo tengo que vivir.

—Entonces, si no eres modelo fotográfico, ¿en qué trabajas?

—Quinientos dólares —suspiró Binnie.

—¿Eres aficionada al boxeo? —preguntó él.

—No demasiado. ¿Por qué lo dices?

—Acabas de darme un directo en el plexo solar. Esto es, me has dejado sin respiración.

—Lo siento, queridito, pero las cosas son así. Estoy ahorrando, ¿sabes?

—Seguramente, montarás una oficina de «contratación» de chicas como tú —dijo Ayres mordazmente.

—Oh, no. Tengo en perspectiva una «boutique» de ropas infantiles. ¡Me gustan tanto los niños!

Ayres empezó a darse a todos los diablos. Allí estaba él, con una hermosa mujer, que resultaba de pronto una profesional del amor, pero que, al mismo tiempo, aseguraba enloquecer por los niños. «El diablo comprenda a las mujeres», masculló.

—Bueno, si no aceptas, tendré que separarme de ti cuando hayamos terminado la cena —dijo ella.

Ayres se sintió tentado de preguntarle si aceptaba tarjetas de crédito, pero decidió dejar las ironías para otro momento. Por otra parte, acababa de cobrar una minuta de honorarios de elevada cifra. Uno era joven una vez en la vida, se dijo.

—O.K., pero tendrá que ser en un cheque. No llevo aquí tanto efectivo...

—Cada letra de tu firma es un billete de Banco —dijo ella mimosamente.

De pronto, Binnie abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Miren quién está aquí!

Ayres volvió el rostro. Una hermosa joven, alta, muy esbelta, de pelo corto, color castaño claro, avanzaba entre las mesas, escoltada por un hombre de unos cuarenta años, recio, membrudo y de rostro pétreo.

—¿Quién es él?

—Ella —rectificó Binnie—. A él no le conozco.

—Esa joven debe de ser una celebridad, ¿no?

—Según se mire y en determinados ambientes —contestó Binnie con una risita—. Es Karen Thorne, la hija de Jeff Thorne, el hombre que murió asesinado hace un par de semanas, a la puerta de San Quintín.

—Leí algo en los periódicos —contestó Ayres—. ¿La conocías tú?

—Fuimos en tiempos al mismo colegio de Secundaria. Luego, la vida nos separó... —Binnie puso un codo sobre la mesa y apoyó el mentón en la mano—. Me pregunto si habrá encontrado los catorce diamantes.

—¿Qué diamantes? —se asombró Ayres.

—Hijo, parece que seas un marciano. ¿Es que nunca has oído hablar de la colección Marstone, que fue robada hace unos cuatro o cinco años? Eran catorce diamantes, como la uña de mi pulgar, y valían más de un millón de dólares. Se supone que los robó el padre de Karen, pero sea como sea, los diamantes no han vuelto a aparecer jamás.

—Binnie, hermosa, ¿qué tal si empezásemos a ocuparnos de nosotros mismos? ¿Has terminado ya? Estoy loco por firmar un cheque de quinientos dólares...

Binnie le miró maliciosamente.

—Los hombres no tenéis remedio —suspiró.

—Somos hombres. Al menos, yo —contestó él, a la vez que hacía señas al camarero para que le trajese la cuenta.

Despertó, abrió los ojos y se estiró voluptuosamente en la cama. De alguna parte le llegó el olor a café recién hecho y entonces volvió por completo a la realidad.

Binnie, vestida con una bata, asomó a la puerta.

—El desayuno estará dentro de quince minutos —avisó.

—Muy bien.

Un cuarto de hora más tarde, Ayres estaba sentado a la mesa. Binnie le contempló sonriendo.

—Me dan ganas de perdonarte —dijo.

—Perdonarme, ¿qué? —preguntó él, un tanto distraído.

—El cheque que me diste anoche, pero no puedo hacerlo. Seis meses más y tendré lo suficiente para abrir la tienda. Realmente, has demostrado que... eres un hombre.

Ayres sonrió. Sabía que, al menos en aquel aspecto, Binnie era sincera. Los elogios a su virilidad no eran pura fórmula.

—Un día te casarás, tendrás hijos y yo te regalaré el «trousseau» para tu primogénito —añadió ella.

—Eso tardará un poco todavía, si llega.

—Pero llegará, Quint, llegará.

Terminaron de desayunar. Ayres pidió permiso para usar el teléfono.

—Tengo que dar instrucciones a mi secretaria —manifestó.

—A tu gusto. Estás en tu casa.

Al cabo de unos minutos, Ayres dejó el teléfono. Binnie trasteaba en la cocina con los cacharros sucios. Entonces, llamaron a la puerta.

—Yo abriré —gritó Ayres.

Cruzó la sala, abrió la puerta y vio a un par de hombres de rostro nada agradable situados en el umbral.

—¿Ayres? —preguntó uno de los sujetos.

—Si, pero ésta no es mi casa...

—Da lo mismo. Sólo queríamos darle un recado. Hoy le visitará una mujer. Se llama Karen Thorne. Ella le pedirá algo y usted se negará. ¿Entendido?

Ayres se sentía atónito.

—No, no entiendo nada...

—Ya es suficiente —dijo el otro—. De esta forma, lo entenderá muchísimo mejor.

Y disparó su puño derecho.

Cuando Ayres despertó, notó que tenía la cabeza apoyada en el confortable seno de Binnie.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó desmayadamente.

—Los diamantes Marstone eran un asunto que parecía enterrado, pero alguien, a lo que se ve, ha levantado la losa sepulcral —

contestó Binnie.

CAPITULO II

Terminó de repasar los documentos y, satisfecho, se levantó para guardarlos en la pequeña caja fuerte de su domicilio privado. Al día siguiente los llevaría a la oficina. El cliente quedaría contento de su labor.

—No se sentirá tan alegre cuando le pase la factura —murmuró, mientras se disponía a servirse un whisky, como recompensa a la labor realizada.

Entonces fue cuando llamaron a la puerta.

Consultó la hora. Eran casi las diez de la noche. ¿Quién diablos podía venir a visitarle a una hora tan intempestiva?

Se frotó el mentón con una mano. Aún notaba la hinchazón causada por el golpe que le había dejado K.O. fulminantemente. «Si es otro de esos granujas...»

Esta vez no se dejaría sorprender, pensó, mientras agarraba un pesado pisapapeles y lo ocultaba tras la espalda.

Abrió con la mano izquierda. Sus ojos expresaron claramente la sorpresa recibida.

—¡Karen Thorne! —exclamó.

—¿Me conoce? —se asombró la joven.

—Alguien me dijo anoche quién era usted. Esta mañana, dos hombres me anunciaron su visita, aunque, francamente, no creí que viniera ya.

—Me deja desconcertada —dijo Karen, que vestía un sencillo traje de color oscuro y manga corta, con vivos de encajes blancos—. Pero, ¿no me invita a pasar?

—Oh, perdone...

Ayres cerró la puerta y luego dejó el pisapapeles encima de una consola.

—¿Tenía miedo? —preguntó Karen.

—Esta mañana, me dejaron sin sentido de un puñetazo. Pensé que podría tratarse del mismo individuo y no estaba dispuesto a permitir que me golpearan de nuevo. Pero siéntese, por favor.

—Gracias.

Karen ocupó una silla y quedó con las rodillas juntas, el bolso encima y las manos apoyadas en él. Sus ojos eran grises, enormemente atractivos, apreció el dueño de la casa.

—He venido a pedirle un favor —dijo Karen por fin.

—Si está en mi mano... Pero le advierto que me ordenaron contestar negativamente a cualquier petición que usted pudiera formularme.

—¿Quién? —preguntó ella, extrañada.

—Ah, me gustaría conocerle y saber dónde vive, para devolverle

el «obsequio» —contestó Ayres irónicamente—. En fin, no ha nacido todavía el hijo de su madre que pueda decirme qué debo y qué no debo hacer. Continúe, se lo ruego.

—Señor Ayres, quiero que busque los catorce diamantes de la colección Marstone —manifestó Karen.

Ayres fue a la consola y llenó dos copas en silencio. Entregó una a la muchacha y quedó frente a ella, contemplándola especulativamente.

—Señorita Thorne...

—Karen, por favor.

—Muy bien, Karen. ¿Sabe a qué me dedico yo?

—Sí. Tiene una acreditada oficina de inspección de libros de contabilidad. Es abogado, además, especializado en Derecho Mercantil y tiene el diploma de economista por la Universidad de Stanford. Todo eso, a la edad de veintinueve años, lo que le augura un próspero porvenir en su profesión.

—¡Caramba, sí que está bien enterada de mis particularidades! ¿Quién le ha dicho tantas cosas de mí?

—Mi padre.

Ayres se sobresaltó.

—No conocí a su padre —dijo.

—El sí conocía al suyo. En su juventud, fueron grandes amigos. Podría decirse que lo que era del uno, era del otro y viceversa.

—Mi padre está retirado (ya, pero hablaré con él —dijo Ayres—, Siga, se lo ruego.

—Mi padre no robó los diamantes, aunque todos los indicios le acusaban como culpable. Yo quiero que los encuentre y, de paso, demuestre su inocencia.

—Está muerto. ¿Importa mucho ya, Karen?

—A mí, sí. Me interesa, por mi buen nombre.

—Oh, comprendo. ¿Una boda en perspectiva?

—Pudiera ser. No es nada seguro aún, sin embargo. Pero aunque el asunto no llegue a fructificar, no quiero andar por el mundo siendo la hija del hombre que robó los diamantes Marstone. Quiero que encuentre al ladrón... que, además, es el culpable del asesinato de mi padre.

—Karen, la Policía...

—No me sirve. Tiene que hacerlo usted. Y lo conseguirá.

Ayres se rascó la cabeza, lleno de perplejidad.

—No sé cómo hacerle comprender que yo no tengo la menor idea de cómo se debe desarrollar una investigación de esa clase. Además, mi trabajo...

—No tengo prisa. Hágalo en su tiempo libre.

—Pero...

—Mi padre confiaba en usted. ¿Quiere defraudarle?

Ayres apuró su copa de un trago.

—Karen, uno de los dos estamos locos —rezongó.

—Estamos muy cuerdos —respondió ella—. Mi padre decía que usted llegaría muchísimo más lejos que su amigo Andrew Ayres, esto es, su padre.

—Jamás oí al autor de mis días mencionar el nombre de Thorne, pero se lo preguntaré, insisto. Ahora bien, y suponiendo que esté dispuesto a acceder a su petición, ¿puede indicarme por dónde debo empezar?

Karen abrió su bolso y extrajo un sobre, que puso en manos del joven.

—Aquí hay unos cuantos datos que pueden resultarle útiles —indicó—. También encontrará un cheque por cinco mil dólares, para los primeros gastos.

—Eso es mucho dinero —observó él.

—No soy una Rockefeller, pero tampoco ando escasa de numerario —sonrió la muchacha—. En el sobre está indicada mi dirección y mi teléfono —agregó.

—Muy bien —suspiró Ayres. Fijó la vista en su visitante y se echó a reír de pronto—. ¿Tiene usted, entre sus antepasados, alguna serpiente?

—No, claro. ¿Por qué lo dice?

—Me ha hipnotizado y obligado a aceptar algo que no quería hacer. Aunque es muy probable que el puñetazo que me han propinado esta mañana, tenga mucho que ver con esta aceptación, sólo por llevarles la contraria.

Karen rió suavemente.

—No tengo nada de serpiente. Soy una chica normal y corriente...

—A propósito —exclamó él, en vista de que Karen se ponía en pie—. El hombre que me golpeó, sabía que usted vendría a visitarme. Sin duda, se lo dijo a alguien.

—Sólo he hablado con una persona de mis intenciones —contestó ella.

—Quizá el hombre que la acompañaba anoche en el «East Sun».

—Ah, me vio anoche...

—Yo estaba con una dama y mi acompañante la reconoció a usted. ¿No fue ese el hombre al que participó de sus intenciones de visitarme?

Karen se mordió los labios.

—No se lo dije a ninguna otra persona —contestó.

—Muy bien. ¿Cómo se llama?

—Albert, Vic Albert.

—¿Su... acaso futuro marido?

—No. Un antiguo asociado de mi padre, que me invitó a cenar, para que pudiera distraerme un poco.

—¿Qué hace Albert? ¿A qué se dedica?

—Pues... si he de serle sincera, no lo sé.

—No se preocupe, yo se lo preguntaré, si usted me indica la dirección.

—De acuerdo.

Ayres anotó las señas de Albert en un trozo de papel y luego sonrió.

—Haré lo que pueda —dijo.

—Gracias. Sé que no me defraudará. ¿Me permite un momento?

Karen fue hacia la ventana, apartó ligeramente las cortinas y miró hacia la calle.

—Ahí están —dijo.

—¿Quiénes? —se extrañó él.

—No lo sé. Me han seguido todo el día, por eso he tardado tanto en venir a verle. Pensé que les habría dado esquinazo, pero veo que me he engañado.

—Déjeme un instante, por favor.

Ayres se acercó a la ventana. La casa era de una sola planta, con grandes espacios protegidos por cristales y cortinas. Entre el edificio y la acera, había una franja ajardinada, cubierta de césped y con algunos arriates de flores.

Parado junto al bordillo se veía un coche largo, negro, ocupado por dos individuos. Delante había un «coupé» deportivo de color blanco.

—El coche pequeño es el suyo —adivinó él.

—Sí —confirmó Karen.

—Muy bien. Tendrá que aguardar unos minutos. Siga aquí, pero procure no dejarse ver. Yo la haré señales con la mano de que tiene el paso libre, aunque esos energúmenos sigan fuera.

—De acuerdo.

Ayres fue a la consola y abrió un cajón.

—Mañana tendré que comprar otra —suspiró, a la vez que levantaba la tapa de la caja en la que había guardada una pistola de color negro.

* * *

La casa tenía una salida posterior y Ayres la utilizó minutos más tarde. Dio un gran rodeo y luego, cautelosamente, se acercó al coche negro por la retaguardia.

Ninguno de sus dos ocupantes se apercibió de su presencia. Ayres pudo maniobrar con toda calma. Luego se irguió y agitó una mano en dirección a la casa.

Karen salió a los pocos momentos y caminó sin prisas por el sendero central. Subió a su coche, dio el contacto y arrancó.

El otro automóvil arrancó también, pero se detuvo veinte metros más adelante. Sus dos ocupantes se apearon, lanzando blasfemias, y contemplaron desalentadamente las dos ruedas posteriores, completamente vacías de aire.

Entonces, sonó una voz de tonos ominosos:

—Será mejor que levanten las manos o empezará el baile.

Los hampones se volvieron. Inmediatamente, alzaron los brazos.

Sonriendo, Ayres se acercó y movió la mano izquierda.

—Vengan aquí —ordenó—. No traten de gastarme una jugarreta o lo tendrán que lamentar.

En silencio, los dos sujetos hicieron lo que se les ordenaba. Ayres agregó:

—Con mucho cuidado, saquen sus pistolas y tírenlas al suelo. No me las arrojen a la cara.

Una pistola y un revólver cayeron sobre la hierba. Luego, Ayres se echó a reír.

—Pedazo de imbéciles. —Señaló a uno con la mano—. Tú eres el que me pegó esta mañana. ¿Cómo te llamas?

—Golatti, Becco —contestó el sujeto de mal humor.

—¿Y tú?

—Mike Russo.

—Muy bien. Becco, ahora yo debería romperte todos los huesos, pero prefiero desquitarme de otra forma. —Ayres se inclinó y se apoderó del revólver con la mano izquierda—. Esto ya es otra cosa —sonrió.

Luego, de súbito, alargó la mano derecha. Un chorro de líquido negro brotó con gran potencia y bañó por completo el rostro de Golatti.

El sujeto aulló de furia. Russo se quedó tan asombrado, que cuando quiso reaccionar, ya le estaban regando a él la cara también.

Cuando vació la carga de la pistola de agua, Ayres, rápidamente, se cambió de mano el revólver y lo amartilló ostensiblemente.

—Y ahora, largo de aquí —ordenó, mientras los dos sujetos trataban de limpiarse la cara, completamente negra—. ¡Fuera o empiezo a tiros de verdad!

Humillados, enloquecidos de rabia, pero sintiéndose impotentes para desobedecer la orden, Russo y Golatti huyeron, tambaleándose, con la cara y las ropas manchadas de negro y los ojos escocidos por el líquido que había salido de una pistola inofensiva.

Al quedarse solo, Ayres bajó la vista y contempló melancólicamente la pistola de agua.

—Quedarán algunos posos en el depósito —murmuró—. Si se la regalo a mi sobrinito, el agua saldrá teñida y mi hermana pondrá el grito en el cielo. No tengo otro remedio que comprarle una nueva...

Luego dirigió la vista hacia el coche de los hampones. Tendrían que volver a recogerlo. O, lo más seguro, enviarían una grúa para llevarlo a un taller.

—Van a tardar tiempo en utilizarlo —murmuró.

Entró en la casa, salió con un par de terrones de azúcar y los arrojó en el tanque de la gasolina. Cambiar unas ruedas vacías era fácil, pero, en cuanto pusieran el motor en marcha, notarían los efectos del azúcar.

—Un puñetazo que les va a salir caro —se dijo—. La broma les va a costar un motor nuevo.

Y luego, silbando alegremente, entró en casa, se sirvió una copa y, sentado con toda comodidad en un butacón, empezó a revisar el contenido del sobre que le había entregado Karen.

CAPITULO III

Cuando Binnie abrió la puerta, lo primero que vio fueron cinco billetes de cien dólares, que se movían ligeramente a poca distancia de sus ojos.

—¿Por qué, Quint?

—Quiero contribuir a los fondos para la instalación de tu tienda de ropas infantiles —contestó él—. Naturalmente, habré de recibir algo a cambio.

Binnie alargó la mano y tiró de él hacia adentro.

—Pide y lo tendrás —rió alegremente.

—Por ahora, no he venido a... solazar mis ojos y algunos otros componentes de mi cuerpo —dijo Ayres de buen humor—. Lo único que quiero son detalles sobre los diamantes Marstone.

—Bueno, yo no sé gran cosa... ¿No quieres un poco de café?

—Habla ahora. Después tomaremos café.

—Muy bien. Los diamantes pertenecían a Corinne Wilmington...

—Todavía le pertenecen —corrigió Ayres.

—Quise decir que los tenía y se los robaron. El padre de Karen, claro.

—¿Por qué tuvo que hacerlo él?

—Hombre, lo dijo la Policía... El golpe tenía todas las características de los que daba Jeff Thorne, el mejor especialista en «limpiar» cajas fuertes y saltarse a la torera todos los sistemas de alarma habidos y por haber. Malas lenguas, incluso, dicen que estuvo una temporada en Langley, Virginia, impartiendo clases de su «especialidad» a los alumnos de la CIA. Pero puede que sean sólo rumores, aunque eso puede darte una idea de las habilidades del difunto señor Thorne.

—Perfectamente. Y ahora, ¿qué me cuentas de la dueña de los diamantes?

—Oh... Corinne Wilmington es una mujer riquísima. Tiene unos cinco años más que yo y le sale el dinero por las orejas. Su esposo compró los diamantes para ella. Luego se murió.

—Seguramente, del susto que le produjo pagar la factura —rió Ayres.

—Oh, no. Como suele decirse, Corinne se casó con un talonario de cheques. El era muy viejo ya y se conoce que el matrimonio precipitó el final de su paso por esta perra vida.

—De modo que ella es joven y él era viejo...

Binnie soltó una risita.

—Corinne ha pasado más horas en las esquinas de las calles que pelos tengo yo en la cabeza —contestó—. Pero el viejo la vio, se

encaprichó de ella...

—Sí, una vieja historia —suspiró Ayres—. Apostaría también a que la señora Wilmington tenía un amante.

—Perderías, Quint —dijo Binnie sorprendentemente—. Mientras vivió su esposo, ella le fue fiel de una forma absoluta. Después... bueno, es lo suficientemente lista como para no embarcarse en un romance definitivo.

—Comprendo.

—Cuando tiene ganas de hombre, lo busca... lo mismo que yo cuando necesito una caja de pañuelos de papel.

—No es mala táctica —sonrió Ayres—, ¿Sabes si estaban asegurados los diamantes?

Binnie le miró críticamente.

—¿Por qué no vas y se lo preguntas tú, mismo?

—¿Yo? —se sorprendió el joven.

—Dile que vas de mi parte. Aunque es algo mayor que yo, hubo un tiempo en que calentábamos juntas taburetes de bar con nuestras posaderas. Cada una el suyo, naturalmente.

—Gracias, Binnie, te has ganado los quinientos «pavos». Y ya metidos en danza, dime, ¿conoces a un tal Vic Albert?

—¿Albert? Tiene un negocio muy productivo.

—¿Qué negocio?

—Se vende a sí mismo. Claro que sólo se deja comprar por mujeres con «pasta».

—Por ejemplo, Karen Thorne.

—Debe de creer que ella sabe dónde están los diamantes, me imagino. Por eso trata de conquistarla.

—Albert ya no es un adolescente, Binnie —observó Ayres.

—Está más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero tiene un encanto personal, al que muy pocas saben resistir.

—Sí, hay tipos con esas cualidades —suspiró él.

Binnie se echó a reír.

—No te quejes. Tú le ganarías de sobra, si se hiciera una competición.

Ayres se encaminó hacia la puerta.

—En cuanto a eso, siempre me gustó la discreción sobre mis «records» —se despidió alegremente.

* * *

Entró en el bar, buscó con la mirada y, al encontrar a la persona a quien esperaba hallar, se acercó y le dio una palmada en los

hombros.

—Hola, Tony —saludó.

Tony Skane se volvió y sonrió.

—Quint, me alegro de verte —dijo—. ¿Qué quieres tomar? —Lo mismo que tú, pero el gasto corre de mi cuenta. —¡Hum! Eso me huele a... preguntas, ¿eh?

—Aciertas, Tony.

Ayres esperó hasta que el camarero hubo servido las bebidas. Entonces, dejándose de preámbulos, preguntó:

—Tony, ¿qué sabes de los diamantes Marstone?

—¿Te interesa esa clase de asuntos?

—Siento cierta curiosidad y tú sabes algo sobre el caso.

—Nuestra compañía no aseguró los diamantes, es todo lo que puedo decirte.

—Vamos, vamos, Tony. Hemos estudiado juntos. Abre tu corazón a un viejo compañero de banco en la Universidad. Oficialmente, puede que no sepas nada, pero habrás oído rumores, ¿verdad?

Skane tomó un sorbo.

—Muchos rumores —admitió—. Algunos dicen que todo fue un truco de la dueña.

—Para cobrar el seguro, naturalmente.

—Otros opinan que se los regaló a un amante ocasional. Cuesta mucho de creer que ella hiciese un regalo de un millón de dólares. Según tengo entendido, es muy voluble, pero sabe conservar la cabeza sobre los hombros.

—¿Hay algo más, Tony?

—Hay quien dice que los diamantes fueron enviados en secreto al extranjero, a cambio de una nutrida cuenta secreta en algún Banco de Suiza. Realmente, no se puede asegurar nada de una forma tajante.

—Excepto la acusación de la Policía hacia un hombre que murió asesinado —dijo Ayres.

—En esta apuesta, el muerto lleva todos los boletos ganadores —respondió Skane.

—¿Tú también lo crees así, Tony?

Skane terminó su copa.

—Todo el mando lo dice: el golpe llevaba el sello inconfundible de Jeff Thorne.

—Gracias, buen amigo.

—Quint, tú te interesas por algo que está fuera de tu esfera de trabajo. ¿Cuáles son los motivos?

Ayres sonrió maliciosamente.

—Unos ojos de color... del color de los ojos de las hadas —contestó.

Si los ojos de las hadas tenían algún color, no podía ser otro que el de las pupilas de Karen Thorne, pensó, cuando empujaba la puerta para salir a la calle.

* * *

Terminó de cenar en el restaurante al que acudía con gran frecuencia y pidió la nota. Cuando el camarero se la trajo, una mano se apoderó de la factura, puso unos billetes en la mano del camarero y luego chasqueó los dedos para alejarlo de la mesa.

—Invito yo —dijo el desconocido, sentándose frente a Ayres.

El joven le contempló con curiosidad.

—No tengo el placer de conocerle, señor...

—Leech, Granny Leech.

—Muy bien, señor Leech. Gracias por la invitación y, dando por sentado que usted me conoce, ¿qué puedo hacer para corresponder a su gentil invitación?

—Muy sencillo —contestó el sujeto—. Lo único que puede hacer es olvidarse de los diamantes Marstone. Haga como si no hubieran existido jamás.

—Unos diamantes no pueden existir. Son cosas inanimadas —dijo Ayres, impertérrito—. Sólo existen los seres vivos: hombres, animales, plantas... A veces, el verbo existir se emplea en ciertas oraciones gramaticales, que facilitan mejor la comprensión de su significado. Por ejemplo, se dice: «existen determinadas circunstancias en el caso...» O, bien: «No existen atenuantes que disminuyan la culpabilidad...»

—Señor Ayres, no estoy aquí para oír lecciones de lenguaje —cortó Leech secamente—. Le he pedido que se olvide de los diamantes Marstone. Imagínese que nunca...

Ayres sonrió.

—Nunca fueron encontrados en una mina, tallados y luego vendidos, ¿verdad?

El rostro de Leech empezó a congestionarse.

—Le diré una cosa: yo no soy como esa pareja de estúpidos que se dejaron engañar por una pistola de agua, llena de tinta. Usted no tiene la menor idea de lo que puedo hacerle, si me enfado de veras.

—Es decir, si persisto en no olvidarme de los diamantes.

—Exactamente.

Ayres se puso en pie.

—Muy bien, tomaré en cuenta sus consejos. ¿Se queda a cenar?

—No, ya he cenado —gruñó Leech.

El joven echó a andar hacia la salida. Leech se puso a su lado.

—Piénselo bien —insistió.

—Pesado de hombre —refunfuñó Ayres.

Un diligente camarero les abrió la puerta y salieron uno tras otro.

En la acera, Ayres se emparejó con el sujeto.

—Señor Leech, ¿no le están haciendo señas desde aquel coche?

El hombre volvió la cabeza. Inmediatamente, emitió un gemido de dolor y se desplomó al suelo fulminado.

Un par de curiosos corrieron hacia allí. Había un guardia en la esquina y se acercó también.

—A ver, apártense. ¿Qué es lo que sucede?

—Este hombre... Ha debido de darle un ataque... Está sin respiración... —dijo Ayres.

Pero Leech no había perdido el sentido. Abría y cerraba la boca, como si quisiera hablar y perneaba convulsivamente. Sus ojos estaban fijos en el joven.

Ayres sonrió. Luego, discretamente, le sacó la lengua en son de burla.

—Por favor, que alguien llame a una ambulancia —gritó el policía. Se inclinó para aflojar la corbata del sujeto, pero entonces notó el bulto de una pistola bajo el sobaco y la sacó con gesto nada amable—. Cuando se haya repuesto, tendrá que explicar algunas cosas —añadió.

Leech se esforzó por volver la cabeza. Ayres había desaparecido y el costado le dolía horriblemente.

* * *

El hombre entró en el gran estudio y contempló con admiración algunas de las obras de arte que había allí. A los pocos momentos, se acercó un sujeto, cubierto con una gran boina de terciopelo rojo y una bata de color crema.

—¿Puedo servirle en algo, caballero?

El visitante sonrió.

—Usted es Anse Steyn, ¿no es así?

—En efecto, ese es mi nombre.

—Realiza esculturas para panteones y sepulturas.

—Casi principalmente, aunque no de una forma exclusiva, señor.

—¿Puedo preguntarle si ejecutó usted el panteón de Arnold Wilmington?

—En efecto, yo lo hice. Es una de mis obras más logradas...

—Tengo entendido que diseñó la verja de entrada.

—Desde luego.

—Una verja muy especial, con cerradura de clave, que usted diseñó y realizó personalmente.

—Así me lo encargaron y lo hice. Algunas personas tienen ciertos caprichos... Cuesta caro —sonrió Steyn—, pero, si lo pagan...

—Comprendo. Muchas gracias por todos sus informes. Es cuanto quería saber, señor Steyn.

Entonces, el visitante sacó una pistola y le disparó un tiro al corazón. Steyn no tuvo tiempo ni de poner cara de miedo.

Cayó fulminado, casi sin enterarse de lo que le había sucedido.

La pistola tenía silenciador y el asesino llevaba puestos unos guantes de cuero muy fino. Fue a la entrada del estudio, cerró con doble vuelta de llave y, acto seguido se encaminó a un pequeño cuartito, en el que Steyn despachaba su correspondencia y llevaba la contabilidad de las operaciones comerciales que realizaba.

El asesino se marchó dos horas más tarde. Cuando iba a salir, miró con rabia al muerto.

—¿Por qué no se me ocurriría preguntártelo antes? —masculló.

Pero Steyn no le contestó. Había enmudecido para siempre.

En determinadas ocasiones, Ayres utilizaba los servicios de un investigador privado, cuyo trabajo había resultado siempre satisfactorio. Cuando se lo recomendaron por primera vez y lo conoció, creyó que le habían engañado o bien que había querido divertirse a costa suya. Duke Field era un sujeto bajito, medio calvo, de nariz ganchuda y ojos saltones, que parecía necesitar constantemente de una esquina, un sombrero viejo y de la caridad de los transeúntes.

En realidad, era un sujeto de aguda perspicacia y conocimientos suficientes para llenar un par de gruesos volúmenes impresos en papel Biblia. Mientras el joven le exponía sus deseos, Field parecía muy interesado en las rollizas piernas de una opulenta pelirroja sentada dos taburetes más allá.

La pelirroja llevaba la falda muy corta y ajustada. Estaba tomando un refresco y mordisqueaba la pajita con gesto provocativo. Ayres se imaginó lo que sucedería cuando él se fuese. A Field le gustaba la abundancia en todo, acaso por contraste con su exigua humanidad.

—Si me atendieses un poco más, luego podrías conquistar a la pelirroja —dijo Ayres enojado, al cabo de unos momentos.

—A ti te escucho. A ella la contemplo —respondió Field sin mirarlo siquiera—. Sí, el golpe tenía todo el sello de Thorne, pero...

—¿Qué, Duke?

—Hay muchos que dudan de que lo hiciera él. Thorne alegó una coartada, pero no pudo probarla satisfactoriamente. Tampoco se demostró de un modo concluyente que hubiese robado la colección Marstone.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—¿Por qué no hablas con la viuda?

—No la conozco.

—Hijo, si yo tuviese tu estampa, Corinne Wilmington no iba a mirar más a otros hombres en los días de su vida —suspiró Field. Con la mano izquierda hizo señas a la pelirroja. « Espera cinco minutos solamente», le dijo silenciosamente. Luego frotó el índice y el pulgar, en un gesto claramente significativo y la pelirroja contestó con un guiño afirmativo—. Sonsácala —añadió—; a ti no te será demasiado difícil y estoy convencido de que sabe algo más de lo que comunicó a la Policía.

—¿Tú crees?

—Raras veces te fallo, Quint. Haz lo que te he dicho y conseguirás algo positivo.

—Está bien. ¿Qué puedes decirme sobre el asesino de Thorne?

—¡Hum!

Ayres había llegado ya a conocer a su interlocutor y procuró armarse de paciencia.

—Explica lo que significa ese «¡Hum!» —pidió, cortés.

—Unos se inclinan por Stoke Malone. Otros apuestan por Link Capple. Malos bichos, los dos.

—¿Profesionales de la pistola?

—Sí. Cobran caro, pero resultan efectivos. Además, son independientes.

—Eso quiere decir que no están ligados a ninguna organización.

—Justamente. Te cuesta un poco, pero averiguas su teléfono y le encargas que liquide a tal o cual persona. El te dice dónde debes enviarle la «pasta» y se la envías, o no cumple el contrato.

—¿No hay peligro de que te identifique después?

—No. Ninguno de los dos pregunta nada.

—En resumen, son máquinas de matar.

—Tú lo has dicho.

—¿Y la Policía, ¿no conoce sus números de teléfono?

—Claro, pero siempre se preparan una buena coartada. No fallan jamás.

«Vaya par de tipos», masculló Ayres para sus adentros. Volvió a la carga:

—Duke, ¿conoces tú a un tipo alto, fornido, de unos cuarenta años, expresión muy dura y de ojos claros? Viste con bastante elegancia y, según me fijé, lleva en la mano izquierda dos sortijas, una de ellas con un rubí como mi pulgar.

—Granny Leech —contestó Field instantáneamente.

—Sí, sé su nombre, pero desconozco más datos. ¿Quién es? ¿A qué se dedica?

—¿Has oído hablar alguna vez de Howard Harris?

—No. ¿Quién es ese tipo?

—Tiene muchos negocios, aparentemente legales, pero todos, más o menos, basados en el vicio. Andate con ojo. Harris es peligroso.

—Lo tendré en cuenta, Duke. Me han encargado buscar los diamantes. Algo te tocará a ti, de la recompensa, si los encuentro. Lo cual significa que debes poner tus cinco sentidos en el asunto. Mil dólares cambiaron de mano. Ayres suspiró. «Quinientos a Binnie, mil a Duke... Como esto siga así, muy pronto se me acabará el anticipo que me dio Karen», pensó.

Salió del antro en donde había tenido lugar la entrevista, pero volvió la cabeza, por curiosidad. En aquel momento, Field ponía un billete de cincuenta en uno de los portaligas de la pelirroja, que parecía sumamente contenta de las «atenciones» que le

dedicaba el menudo hombrecillo.

Ayres meneó la cabeza.

—No tiene remedio —murmuró. Y, en el acto, empezó a preguntarse cuál sería la mejor forma de entrar en contacto con la opulenta señora Wilmington.

* * *

Encontró la solución muy pronto, por medio de un enorme ramo de flores, que envió a la viuda, sin ninguna tarjeta ni indicación del admirador. A la noche, envió otro ramo análogo y encargó un tercero para las nueve de la mañana siguiente.

Cuando llegó el tercer ramo, él estaba apostado en las inmediaciones de la lujosa residencia de Corinne Wilmington. Ella salió poco después de las once y Ayres la siguió discretamente.

Corinne fue a una lujosa tienda de modas primeramente. Alrededor de las doce, almorzó. Luego fue a un gimnasio, en donde, calculó Ayres, haría algún ejercicio y se sometería a una sesión de masaje. A las cinco de la tarde, regresó a su casa.

El cuarto ramo de flores había llegado a mediodía. El quinto fue enviado a las seis de la tarde y un sexto debía ser entregado al día siguiente, a las nueve de la mañana. Ayres calculó que aquel procedimiento habría servido para un eficaz «ablandamiento» del ánimo de la opulenta viuda.

—Opulenta en todos los sentidos —se dijo, al recordar la silueta de Corinne, rebotante de atractivos físicos.

Regresó a su casa y se preparó una copa. La secretaria le había llevado la correspondencia más urgente y la despachó, haciendo breves notas en cada carta. Cuando estaba terminando, sonó el timbre de la puerta.

Al abrir, divisó a una hermosa morena situada ante el umbral.

—¿Es usted Quint Ayres?

—Sí, señora...

—¿Puedo hablar unos momentos con usted?

—No faltaría más.

—Muchas gracias.

La joven entró, mientras Ayres se preguntaba qué podía querer aquella beldad, a la que jamás había visto hasta entonces. La morena vestía un abrigo de fina tela, con cuello de piel, que sujetaba con ambas manos. En el brazo izquierdo llevaba un bolso de cuero negro.

—No tengo el gusto de conocerla, señorita —dijo.

—El nombre no importa, señor Ayres, aunque puede llamarme Sally. En realidad, soy un obsequio.

Ayres puso cara de tonto.

—¿Un obsequio?

Súbitamente, Sally desplegó el abrigo y Ayres, estupefacto, vio que no llevaba debajo más ropa que unas medias negras, con ligas rojas de broches dorados, y zapatos de alto tacón.

El abrigo cayó al suelo. Sally onduló hacia él.

—¿No te gustan estos obsequios? —preguntó mimosamente.

Abrazó al joven y lo empujó hacia atrás. Las piernas de Ayres chocaron de pronto contra el diván y cayó sentado.

Sally se le arrojó encima con furia devoradora. Ayres trató de defenderse.

—Espere... Oh... oiga... Déjeme que...

Repentinamente, se oyó un agudo chillido.

Ayres miró por encima de los desnudos hombros de Sally y se creyó víctima de una pesadilla. Karen estaba en el centro de la habitación, contemplando la escena con ojos que despedían llamas de ira.

La morena se separó un poco.

—Oye, dile a esa estúpida que se largue y nos deje solos...

Mientras hablaba, volvió la cabeza. Karen lanzó otro chillido.

—¡Sally Cogsley! —gritó.

Inesperadamente, se arrojó contra Sally, la agarró por el pelo y tiró con fuerza hacia atrás. Sally gritó y manoteó furiosamente, tratando de defenderse, pero Karen tenía la iniciativa y sus esfuerzos resultaron inútiles.

Ayres no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Allí, delante de él, dos hermosas mujeres, una de ellas completamente desnuda, se peleaban como fieras, sin que pudiese comprender en absoluto lo que sucedía.

La mano de Karen se movió velozmente. Sonaron dos secos chasquidos. Sally chilló y cayó al suelo. Karen le lanzó su abrigo a la cara.

—¡Largo de aquí, zorra!

Sally gateó para recobrar su bolso. Cuando iba a levantarse, Karen le arreó un tremendo puntapié en las blancas posaderas. Al fin, con los ojos llenos de lágrimas y el pelo completamente revuelto, Sally pudo ponerse el abrigo y escapó a la carrera.

Karen cerró de un portazo.

—No tema, no le culpo a usted —dijo todavía muy alterada.

Ayres se sentía aún desconcertado, incapaz de entender lo que había ocurrido.

—¿Quiere explicarse...?

—La llamada que he recibido fue falsa —contestó Karen—. Pensé, lógicamente, que usted me llamaba por teléfono, para que viniera a su casa, porque tendría algo interesante que decirme. En

realidad, lo que querían era que presenciase la escena.

—Empiezo a comprender. Pero usted conoce a la dama ligera de cascos. —Ayres sonrió—. Dijo que me habían hecho un «obsequio».

—Menuda pájara —contestó Karen desenvuelta—. Trabajaba hace años en el taller de mi padre. Bueno, era la secretaria, ¿sabe? Mi padre tuvo que despedirla, porque era muy aficionada a meter las manos en lugares prohibidos.

—Ah, ya. El que la contrató, ignoraba ese detalle.

—Seguramente. Lo único que querían era que yo les viese en una postura comprometida y que rescindiese el trato.

Ayres se levantó.

—Creo que los dos necesitamos un trago —sonrió—. Oiga, ¿de qué era el taller de su padre?

—Joyería. Hacía trabajos de encargo. Era muy bueno en su profesión.

—¿Y por eso fue a parar a la cárcel?

Karen suspiró.

—Alguien le llevó una vez unas joyas robadas. No voy a ignorar el pasado de mi padre, pero en los últimos años se había retirado ya. Trabajaba honradamente y vio sorprendida su buena fe. Por eso fue a San Quintín.

—Y Sally trabajaba como oficinista, aunque ahora parece que se dedica a otro oficio menos honesto.

—No lo sé, no la había visto desde hacía años. —Karen tomó un sorbo de la copa que le había entregado el joven—. Supongo que no tiene nada que decirme realmente —añadió.

—Se equivoca, y si he de serle sincero, me alegro de su llegada. Siéntese y le contaré todo lo que he averiguado hasta el presente.

Karen accedió. Ayres habló durante algunos minutos y concluyó:

—Es evidente que los diamantes fueron robados, o tal vez se simuló el robo. Pero, en todo caso, hay mucha gente interesada en encontrarlos. Así se explica, en parte, la muerte de su padre.

—Yo creo que no. Resulta carente de sentido matar a una persona, de la que se sospecha sabe algo importante, sin darle la oportunidad de hablar, ¿no le parece?

—¿Y si realmente sabía algo?

La muchacha se quedó pensativa unos instantes.

—Quizá había otra persona que podía saber algo sobre el asunto —dijo al cabo.

—¿Quién es? ¿La conoce usted?

—No, nunca le he visto ni tampoco he hablado con él, pero su muerte se me antoja muy sospechosa. ¿Conocía a Anse Steyn?

—En absoluto.

—Era escultor y, además, arquitecto. Se había especializado en monumentos funerarios y fue el autor del panteón en que está enterrado el difunto Wilmington.

—No lo sabía.

—Yo no estoy segura, pero el instinto me dice que esa muerte tiene algo que ver con el caso. ¿Por qué no investiga en esa dirección?

—Bueno, si le parece oportuno...

—A Steyn lo mataron de un tiro en el corazón. La policía dice que la muerte, instantánea, fue obra de un profesional. Su gabinete de trabajo estaba completamente revuelto. Incluso habían abierto la caja fuerte, pero el asesino no se llevó un dólar siquiera.

—Es la primera noticia que tengo. —Ayres sonrió de mala gana—. La verdad es que no he leído los periódicos —se disculpó.

—Bien, ya tiene usted algo en que hincar el diente —dijo Karen.

—Me parece que antes haré algo quizá más positivo.

—¿Sí?

—La señora Wilmington ha caído dentro de nuestra esfera de interés. Hay quien sospecha que el robo fue un truco, para quedarse con los diamantes y cobrar la indemnización del seguro.

—Entiendo. Piensa entrevistarse con ella...

—Sí, pero con diplomacia.

Karen le miró fijamente.

—Cuidado, no se queme. Corinne tiene fama de devoradora de hombres —dijo.

—Quizá resulte conveniente que me chamusque un poco —contestó él jovialmente.

Corinne Wilmington se dispuso a entrar en el coche. Un hombre lo hizo por la portezuela opuesta. En las manos llevaba un hermoso ramo de rosas blancas.

—Nunca nos hemos visto hasta ahora, pero estoy seguro de que me identificará, señora —sonrió Ayres.

Ella pareció desconcertarse un instante.

—Estos días me han enviado montones de rosas blancas —dijo.

—Fui yo. Usted me ha seducido, señora. ¿Me permite que ahora le ofrezca las flores personalmente?

Corinne remoloneó un poco, pero acabó por aceptar.

—Gracias —contestó, sonriendo.

Ayres se sentó desenvueltamente a su lado.

—¿Le importa?

—¿Estoy en condiciones de arrojarle a la calle?

—Puede gritar y pedir socorro... Pero no lo hará.

—Es usted un tipo... fresco, por no decir otra cosa. En serio, ¿qué es lo que pretende de mí?

—Contemplar su hermosura de cerca. ¿Le parece poco?

Corinne guiaba, atenta al tráfico.

—¿Cuánto?

—¿Cómo dice, señora?

—Cuánto pide, vamos. Diga una cifra...

Ayres levantó una mano.

—Pare, por favor.

Ella, sorprendida, arrimó el coche a la acera. Ayres se apeó.

—Si quisiera dinero, la habría atracado, quitándole ese hermoso collar de perlas que adorna su garganta de cisne o los anillos o la pulsera... Pero, dadas las circunstancias, sospecho que no vamos a vernos otra vez. Adiós, señora.

El joven se alejó con paso rápido. Corinne se quedó sumamente pensativa. Más tarde, cuando llegó a su casa, encontró una tarjeta de visita entre las flores.

Aquella misma noche llamó por teléfono, pero una voz desconocida la informó que el señor Ayres se habla ausentado y que tardaría un par de días en regresar.

—No obstante, si desea dejarle algún mensaje...

—¿Con quién estoy hablando, por favor? —preguntó Corinne.

Ayres tenía un pañuelo delante del micrófono y, además, había engolado la voz. De cuando en cuando, tosía y carraspeaba.

—Soy su padre —mintió.

—Ah, señor Ayres... Cuando regrese su hijo, ¿querrá decirle que le llamó la señora Wilmington? Dígale que deseo verle y pedirle

disculpas...

—Se lo diré, señora, descuide usted.

Ayres colgó el teléfono, sumamente satisfecho. Excitar el interés de la dama era mucho mejor que abordarla de una forma directa. Poco después, llamó a Field.

—Tengo que decirte algo —manifestó—. ¿Qué opinas de la muerte de Steyn?

—Era un tipo macabro. Hacía esculturas funerarias y cosas así.

—Construyó el panteón de Arnold Wilmington.

—Ah, no lo sabía... ¿Está relacionada su muerte con el robo de los diamantes?

—Pudiera ser. Investiga, ¿quieres?

—O.K. Te llamaré en cuanto sepa algo.

La *barmaid*, sonriendo amablemente, le puso delante un vaso alto. Era una atractiva muchacha, cuyos senos estaban cubiertos apenas por unos trocitos de tela en forma de estrella.

El local rebosaba de animación. En el escenario unas cuantas chicas, muy ligeras de ropa. Había un par de salas de juego, pero a Ayres no le interesaba arriesgar su dinero.

Una hermosa rubia, muy esbelta, exquisitamente vestida, se le acercó con la sonrisa en los labios.

—Me precio de conocer a mucha gente —dijo—. Sin embargo, usted es nuevo.

—Sí, es la primera vez que vengo aquí —admitió el joven—. Quint Ayres, señora...

Ella le tendió una mano.

—Hettie Reid, relaciones públicas. Bienvenido a su casa, señor Ayres.

—Llámeme Quint, Hettie. ¿Es casada?

—No —rió ella—. ¿Por qué lo pregunta?

—Hoy mismo se hubiese quedado viuda. Aunque es posible que tenga algún pretendiente...

—Tampoco. Estoy sin compromisos en la actualidad. —Hettie le dio un golpecito en la boca, con dos dedos juntos—, Pero tampoco los acepto —añadió.

—Lástima. Habría sido capaz de regalarle un collar de diamantes, de cincuenta kilates cada uno.

Hettie seguía sonriendo, pero en sus ojos había ahora una expresión de intriga, que no pasó desapercibida al joven. Fingiéndose reír de nuevo, Hettie se despidió amablemente y se marchó con más rapidez de la que habría sido apropiada en una mujer con su empleo.

Ayres no tuvo mucho que esperar. Cinco minutos más tarde, se le acercó un individuo correctamente vestido.

—Señor Ayres...

—Sí, yo soy.

—Tenga la bondad de acompañarme. El señor Harris desea hablar con usted.

—No lo conozco, amigo.

—Es el propietario.

—Ah... Bien, guíeme, por favor.

Por una puertecita situada discretamente, entraron en un corredor, de suelo espesamente alfombrado y lámparas rojas, en el que reinaba un silencio casi absoluto. El hombre llegó ante una puerta y golpeó con los nudillos, según una contraseña.

Alguien recorrió una mirilla al otro lado. Luego, la puerta se deslizó silenciosamente y el paso quedó libre.

Había dos hombres. Uno de ellos registró minuciosamente al joven. Ayres soportó el escrutinio sin protestar. Luego, el segundo abrió la puerta que había al fondo de aquella especie de esclusa y Ayres se encontró en un enorme despacho, amueblado con un lujo como pocas veces había visto.

Al fondo, tras una mesa de trabajo, había un hombre elegantemente vestido. Tenía unos cincuenta años, era calvo y propendía claramente a un sobrepeso que no podía eliminar fácilmente.

Más cerca, a su izquierda, Ayres vio a Leech.

—Hola, Granny —sonrió.

—Matt, déjanos —ordenó el hombre que estaba sentado—. Soy Harris —se presentó, cuando el guía de Ayres hubo salido.

—Mucho gusto, señor Harris —dijo el joven—. ¿Se encuentra bien, Granny?

Leech farfulló algo entre dientes. Harris alzó una mano.

—Calla —ordenó—. Sírvele una copa al señor Ayres.

—Gracias, pero ya he tomado en el bar.

—Muy bien, a su gusto. Señor Ayres, ¿por qué busca los diamantes Marstone?

—¿Por qué los busca usted?

Harris se quedó cortado.

—Eso no le interesa —contestó.

—Digo lo mismo. Tampoco le interesa lo que yo hago.

—Está equivocado...

—Usted es el que se equivoca —cortó Ayres fríamente—. Yo trabajo para alguien que quiere encontrar los diamantes y probar la inocencia de un hombre injustamente acusado de algo que no hizo. Usted los quiere para conseguir un enorme beneficio. Esa es la diferencia que hay entre los dos, señor Harris.

El dueño del local apretó las mandíbulas.

—Hace dos días, le dieron un aviso de mi parte.

—Lo recuerdo perfectamente —sonrió Ayres—. No estuvo mucho tiempo en la cárcel, ¿verdad, Granny?

Leech volvió a irritarse. Harris le contuvo nuevamente.

—Quieto, Granny. Señor Ayres, ¿le parecería bien un trato que resultase satisfactorio para ambas partes?

—¿Qué clase de trato?

—Veinticinco mil dólares y se olvida de los diamantes y del apellido Thorne para el resto de sus días.

—Eso huele a soborno —dijo el joven sin inmutarse.

—Llámelo como quiera. La oferta es sincera. Más aún: puede salir de aquí con el dinero en el bolsillo.

—¿Y si me niego?

—No saldrá.

Hubo un momento de silencio. Leech sacó una pistola.

—Esta vez no me dejaré sorprender —amenazó.

Ayres, sin perder la calma, se volvió hacia Harris.

—¿Qué le pasa? —preguntó— ¿No necesita llamar a cierto número de teléfono, para que un tipo llamado Malone le haga un trabajo rápido, discreto y mortífero? ¿O prefiere las «habilidades» de Link Capple?

Harris se puso rojo de ira al escuchar aquellas palabras. Leech pareció desconcertarse un poco y consultó a su jefe con la mirada. Junto a Ayres había un enorme jarrón, situado sobre un pedestal de algo que parecía mármol rojo. El joven movió ligeramente su codo izquierdo y el jarrón cayó, rompiéndose con gran estrépito.

Leech se sobresaltó. Una mano levantó la pistola y otra, recta y dura como una tabla, se le hundió en el plexo solar.

El hampón se quedó con los pulmones vacíos. Ayres le arrancó la pistola de un manotazo y luego, agarrándole con ambas manos por el brazo derecho, le hizo dar media vuelta sobre sí mismo, proyectándolo a continuación hacia la mesa tras la cual se hallaba Harris.

Entonces sucedió algo extraño. Leech chocó contra un obstáculo invisible, estrellándose de cara, rebotó y cayó al suelo con la nariz ensangrentada.

Ayres se sintió estupefacto, aunque pronto entendió lo que ocurría. Para su protección personal, Harris había hecho instalar una pared de vidrio absolutamente transparente, que no emitía reflejos y que, calculó, era del grosor suficiente para rechazar los proyectiles de las armas de fuego.

En alguna parte debía de haber un sistema de micrófonos y altavoces que permitían una conversación en tono normal. Pero su sorpresa no duró mucho.

Rehaciéndose, se inclinó, vació la pistola de Leech y se la guardó en el bolsillo.

—No acepto el trato, Harris —dijo.

—¡Le pesará! —aulló el sujeto, fuera de sí.

—Será mejor que me olvide. Podría darme por buscar ciertos números de teléfono. Malone y Capple «trabajan» para quienes les pagan, sin hacer preguntas. Usted no va a permanecer eternamente detrás de ese cristal blindado, ¿verdad?

Leech empezaba a levantarse, gimiendo sordamente. Ayres le dirigió una burlona mirada.

—Harris, será mejor que obligue a sus gorilas que aprendan artes marciales. En la Universidad, fui el campeón de esa especialidad y todavía la practico una o dos veces por semana —se despidió.

Cuando llegaba a la puerta deslizante, puso la pistola en manos del vigilante. El hombre se sobresaltó.

—No tema, sólo quiero que se la devuelva a su dueño. Leech se empeñó en regalármela, pero no me gustan ciertos adornos para la decoración en mi casa.

El vigilante no supo qué contestar. Sin ser molestado, Ayres salió a la calle y emprendió el regreso a su casa.

Hacía diez minutos que había llegado, cuando sonó el teléfono. Era Field.

—Tengo algo interesante para ti —dijo—. Steyn, en efecto, proyectó y construyó el mausoleo para Wilmington, incluida la reja artística que permite el acceso al interior. Pero esa reja tiene una cerradura especial, y sólo puede abrirse mediante una clave.

—Como si fuese una caja de caudales.

—Exactamente.

—Una noticia interesante —convino Ayres—. Habría que localizar al forjador, porque Steyn pudo proyectar la reja, pero no realizarla. Se necesita un artista del hierro y él sólo trabajaba el mármol, el granito y otras piedras.

—Comprendo y haré todo lo que pueda, pero es que aún hay más.

—¿Sí, Duke?

—El féretro. Creo que es algo nunca visto. Un enorme cajón de madera, de la mejor, claro, tallado con numerosos adornos, incluidos clavos de oro.

—¿Llegó a creerse la señora Wilmington que era la viuda de algún Faraón?

Field se echó a reír.

—Pues ahora que lo dices, no me extrañaría —contestó—. Anota el nombre de la funeraria. Puede que resulte interesante una visita.

—Sí, pienso lo mismo.

Ayres escribió rápidamente y luego dio las gracias a su amigo.

—Si sabes algo más, llámame inmediatamente. Ah, y yo también te voy a dar una noticia. Howard Harris anda detrás de los diamantes.

Field silbó.

—¡El muy bastardo! No pierde ocasión de meter la mano en todo lo que vale la pena, sea lo que sea. Bueno, si Harris ha entrado en el baile, ten cuidado. Puede resultar tan peligroso como una mordedura de serpiente venenosa.

—No dejo de tenerlo en cuenta, Duke. Adiós.

Después de la conversación, Ayres se pellizcó el labio inferior, sumamente pensativo. Iría a la funeraria, desde luego, pero antes tenía que hacer otra visita. Y procuraría que le acompañase Karen, porque quería conocer sus reacciones al escuchar las respuestas de la persona a quien pensaba visitar al día siguiente por la mañana.

CAPITULO VI

Karen sonrió al verle.

—Estoy preparada —dijo.

Ayres hizo un amplio ademán.

—Tengo el coche abajo —declaró—. Gracias por haber accedido a acompañarme.

Karen salió y cerró la puerta de su apartamento.

—Pero usted no me ha dicho el nombre de la persona a la que vamos a ver —se quejó.

—Tenga un poco de paciencia, se lo ruego.

Momentos después, entraban en el coche. Ayres condujo durante unos veinte minutos y se detuvo al fin ante un edificio de apartamentos.

Karen no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—Oiga, aquí vive...

—Exactamente —dijo él, a la vez que abría la portezuela del coche—. Vic Albert es la persona a la cual vamos a visitar.

—Pero... no entiendo...

—Dos tipos me vieron en cierta ocasión y me aconsejaron olvidar este asunto. —Ayres agarró a la muchacha por el brazo y la empujó hacia el edificio—. Luego se dedicaron a seguirla a usted. Trabajan para su admirador.

—Albert no era mi pretendiente —protestó Karen.

—¿No? ¿Cuántas veces había salido con él?

—Oh, media docena... Conoció a mi padre años atrás y se portó con gran amabilidad. Jamás me insinuó nada sobre aumentar... la intensidad de las relaciones...

—Es su táctica. Durante un tiempo, se limita a acompañar a su víctima, comportándose de una forma sumamente agradable. Atento, cortés, exquisitamente galante... y después, cuando la fruta ya está madura, se lanza a fondo. Un par de semanas después, una dama ingenua se encuentra sin su admirador y con una sustanciosa baja en el saldo de su cuenta corriente.

—Puede que eso sea cierto, pero yo no tengo tanto dinero como para despertar su interés. Esa clase de tipos van siempre detrás de mujeres muy ricas.

—El cree que usted sabe dónde hay un millón de dólares en diamantes.

Karen apretó los labios.

—Me siento... avergonzada...

Ayres pulsó el botón del ascensor.

—¿Por qué? Eso es algo que puede pasarle a cualquiera. Los tipos como Albert son maestros en su «profesión». No se haga reproches,

que no tienen razón de ser.

—Muy bien —dijo ella, ya dentro del ascensor—. Y ahora, cuando le veamos, ¿qué le va a preguntar usted?

—Es bien sencillo. Está interesado en los diamantes y creo que debe de saber algo. Procuraré que me conteste.

—¿Y si no quiere?

Ayres sonrió truculentamente.

—Peor para él.

Momentos después, salían del ascensor. Ayres avanzó resueltamente hacia una puerta de las que había en el pasillo. Se detuvo, levantó la mano para llamar y, en aquel preciso instante, se abrió la puerta.

Un hombre se disponía a salir y se quedó enormemente sorprendido al ver a un desconocido delante de él, con la mano levantada. La sorpresa de Ayres no fue menor, porque había podido darse cuenta de que el sujeto no era Albert.

Detrás del individuo, al fondo, divisó, por encima de su hombro, la imagen de un cuerpo caído en el suelo, con sangre en el pecho. Instantáneamente, adivinó lo sucedido.

El otro se dio cuenta de que estaba en peligro y llevó la mano al interior de la chaqueta. Ayres actuó con fulgurante rapidez. Alargó la mano izquierda, agarró la muñeca del hombre y, con el filo de la derecha le golpeó en un lado del cuello.

El hombre cayó fulminado. Ayres lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hasta el interior del apartamento.

—Karen, entre y cierre los ojos.

La muchacha se puso ambas manos en la boca.

—Está muerto...

—Sí, y no hace ni un minuto que le han disparado un tiro al corazón —dijo el joven ceñudamente.

* * *

Karen sintió una especie de vértigo y tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta, para no caer al suelo. Ayres se dio cuenta de su situación y corrió a sostenerla.

—Venga —dijo, con acento persuasivo—. Siéntese en el diván y procure no mirar.

Ella obedeció y se dejó caer, porque no la sostenían sus piernas. Mientras, Ayres se había inclinado sobre el desconocido y se ocupaba en averiguar su identidad.

—Bueno, Malone ha sido sorprendido por una vez con las manos en la masa —dijo satisfecho, después de examinar su billetera.

—¿Lo ha matado él?

—Sin duda alguna.

Ayres tocó el bulto del lado izquierdo de Malone y comprobó la

existencia de un arma de fuego.

—Voy a llamar a la Policía —anunció—. No quiero tocar nada, ¿comprende?

—Puede despertar...

—Si despierta, ya me las entenderé con él.

Ayres lanzó una mirada al cadáver de Albert. El hombre no había tenido ocasión de defenderse. Ni siquiera estaban desordenadas sus ropas.

—Malone entró y le disparó un tiro, sin más...

Cuando iba a levantar el teléfono, miró a la muchacha.

—Usted y yo vinimos a charlar con Albert. Queríamos invitarle a una pequeña fiesta que se va a celebrar mañana en mi casa —dijo.

Karen hizo un gesto de aquiescencia.

—Comprendido, Quint.

Ayres dejó el teléfono segundos más tarde. Malone empezaba a rebullir y juzgó oportuno quitarle el arma. Sacó un pañuelo y extrajo con gran cuidado un revólver de cañón corto, pero con silenciador, que dejó luego a un lado.

Malone gruñó algo entre dientes. Luego se frotó el lado izquierdo del cuello. Al fin, se sentó en el suelo.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó coléricamente.

Ayres no tuvo tiempo de responder. La puerta se abrió en aquel momento y un hombre irrumpió en el apartamento.

—Jefe, traigo noticias.

Golatti se interrumpió bruscamente.

—¿Qué ha pasado aquí? —chilló.

—Entra, Becco, entra —dijo Ayres con acento placentero—. Te presento a Stike Malone, a quien hemos sorprendido cuando acababa de pegar un tiro a tu jefe. Hemos llegado tarde por un minuto escaso, pero, cuando menos, Malone ya no volverá a usar más sus armas.

Los ojos de Golatti despidieron llamas de ira. Vio a Albert inerte en el suelo y luego, de forma absolutamente sorprendente, sacó una pistola y empezó a tiros con Malone.

El asesino, todavía sentado en el suelo, chilló horriblemente al sentir en sus carnes la quemadura de los proyectiles. A tres pasos de distancia, Golatti le metió cuatro balas en el pecho. Luego, tan súbitamente como había aparecido, dio media vuelta y echó a correr, dejando a Ayres y a la muchacha completamente desconcertados.

* * *

Karen se sentía desmoralizada.

—Le aseguro que nunca me había visto en una situación semejante —dijo.

—¿Acaso piensa que es para mí el plan de cada día? —contestó Ayres,

—No, pero... Quint, ¿por qué tuvieron que asesinar a Albert?

—La respuesta es clásica: sabía demasiado.

—Y, ¿qué sabía?

—Ah, eso ya es otra cosa. Lo peor de todo es que tampoco Malone podría decirnos nada, en el supuesto de que estuviese vivo todavía.

—¿Por qué, Quint?

—Malone es de la clase de tipos que se contratan para matar a una persona y no hacen jamás preguntas. Fijan un precio, el contratante acepta y paga, y lo demás le tiene sin cuidado al asesino.

—Entonces, habría que buscar al hombre que contrató a Malone.

—Exacto.

—¿No se le ocurre algún nombre?

—Uno, pero... ¿quién lo demuestra? Además, es sólo una sospecha...

—Bueno, dígame de quién sospecha.

—Harris —dijo el joven lacónicamente.

—¿Harris? —repitió Karen—. Con la cantidad de esbirros que tiene...

—Sí, pero de este modo no se compromete. Malone, aunque estuviese vivo, no podría declarar contra él. Le dieron el nombre de Vic Albert, cobró la cantidad convenida, cumplió el contrato y eso es todo.

Karen entornó los ojos.

—Quint, se me antoja que Golatti debía de saber algo importante. O quizá lo esperaba de Albert, porque se puso muy furioso al verlo muerto, tanto, que no se pudo contener y la emprendió a tiros con Malone. ¿Qué opina usted?

—Creo que tiene razón —contestó Ayres—. La reacción de Golatti ha sido la típica del hombre que espera beneficiarse de un asunto de importancia y, de repente, ve que se han evaporado todas sus ilusiones. Pero ha desaparecido y Albert, lógicamente, no podrá decirnos nada.

—Golatti tenía un compinche, Mike Russo. Quizá sería conveniente hablar con él.

—Quizá no. Seguro, está mejor dicho. Pero calculo que Russo se habrá esfumado también, por miedo de seguir la misma ruta que su jefe y, además, por no comprometer a Golatti, caso de que le obliguen a declarar todo lo que sabe del asunto.

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Bien, ¿qué hacemos ahora, Quint?

—La llevo a su casa. Le conviene reponerse de las impresiones sufridas. Enciérrese con doble vuelta de llave y no salga hasta que yo se lo permita.

—¿Cuándo será eso?

Ayres hizo un gesto vago. Luego arrimó el coche a la acera, porque ya habían llegado a su destino.

—Imposible predecirlo —contestó.

* * *

Resultaba imposible evitar pensar en aquel lugar como un enorme panteón. Las paredes eran lisas, con columnas de mármol, lo mismo que el suelo, y las cortinas eran de damasco carmesí, con adornos de oro. Una tenue música iba y venía en suaves oleadas, aumentando así el efecto de cripta fúnebre. En la puerta del fondo, a ambos lados, se veían sendos carteles, de ficticio pergamino, con letras góticas, en los que se podían leer proverbios bíblicos relacionados con la vida y la muerte.

Una cortina se apartó de pronto y un hombre apareció ante los ojos del visitante. Ayres se encontró frente a un sujeto de mediana estatura, vestido de negro, con camisa blanca y gemelos de oro, lo mismo que los lentes que cabalgaban sobre su nariz un tanto bulbosa. Había ya muy poco pelo en el cráneo del dueño de la funeraria, pero su sonrisa era untuosamente acogedora.

—Caballero, soy Jacob Dahlgren —se presentó—. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Ayres —dijo el joven—. Desearía hablar con usted unos minutos.

—¿Ha perdido a algún ser querido? ¿Desea utilizar nuestros servicios? Si es así, y después de expresarle mis más sinceras condolencias, le invitaré a pasar a mi despacho, en donde podrá examinar nuestro catálogo y elegir los servicios más adecuados a sus posibilidades económicas y, desde luego, para un merecido homenaje póstumo a la persona amada que ha abandonado este valle de lágrimas.

—Muy bien —accedió Ayres—, Cuando guste, señor Dahlgren.

El hombre se echó a un lado y apartó la cortina. Ayres franqueó el umbral y se encontró en un despacho lujosamente decorado. La mesa era de madera lacada en negro, con adornos dorados. En uno de los ángulos divisó una gran estatua, que representaba a un ángel con una

corona de laurel en la mano derecha.

—Una hermosa escultura —dijo Dahlgren—. Casi podría decir que es la última obra de nuestro artista máspreciado, recientemente fallecido de una forma indignante.

—Está hablando de Steyn, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo conocía usted? Francamente, su muerte nos va a crear grandes problemas. No sé con quién podremos entendernos a partir de ahora... aunque imagino que usted no se va a sentir afectado por tan lamentable pérdida. Y ahora, si tiene la amabilidad de explicarme sus deseos.

—Señor Dahlgren, lamento mucho defraudarle. No se me ha muerto ningún familiar, por fortuna. Simplemente he venido a hablar con usted acerca del panteón y del ataúd en que fue sepultado Arnold Wilmington.

CAPITULO VII

La actitud del sujeto cambió instantáneamente. «Se ha puesto en guardia», pensó Ayres.

—No solemos dar informes de nuestras... operaciones a personas ajenas a las mismas —respondió Dahlgren con glacial cortesía.

—Perdone, pero creo que no se ha dado cuenta de lo que pretendo. Por ahora, repito, no se me ha muerto ningún familiar. Pero tengo una anciana tía, cuyo tránsito se producirá en el momento menos esperado, y de la cual soy heredero universal. Cuando eso suceda, espero recibir entre un millón y medio y dos millones de dólares. Mi tía ha hecho de mí todo lo que soy y quiero ser agradecido y encargar algo que la haga recordar durante cientos de años. En resumen, un panteón, más o menos, como el de Wilmington.

Dahlgren sonrió.

—Ah, es eso... Le ruego me dispense, señor Ayres, pero usted comprenderá...

—Soy abogado y conozco de sobra lo que es el secreto profesional. Por ejemplo, no le voy a preguntar por sus honorarios en este caso; cuando llegue el momento, ya nos entenderemos. Pero sí quiero saber detalles del panteón y del ataúd. Steyn ha muerto, pero usted, en caso necesario, buscaría un sustituto, me imagino.

—Tendré que hacerlo muy pronto —aseguró Dahlgren—. La muerte de Steyn me ha creado algunos problemas de difícil solución. Pero, de todos modos, vayamos a su petición. Con permiso...

Dahlgren se levantó, fue a un archivador y extrajo una carpeta, que situó sobre la mesa. Luego sacó de la misma unos cuantos papeles y empezó a explicar las características del panteón de Wilmington, señalando diversos puntos de los diseños que se habían realizado previamente.

Ayres escuchó con toda cortesía. Al cabo de un rato, hizo una pregunta:

—El panteón está cerrado por una artística reja, según he podido apreciar.

—En efecto, con cerradura de clave, conocida únicamente por la afligida viuda del difunto Wilmington. Ella lo encargó así y nosotros, cumplimos sus órdenes... No es corriente, pero si alguien lo desea... Todavía, por desgracia, hay ladrones de tumbas, señor Ayres.

—Sí, me lo imagino. ¿Qué me dice del ataúd?

Dahlgren le enseñó varias fotografías. Ayres vio que era casi un sarcófago, de enormes dimensiones. Las imágenes eran de color, lo que le permitió apreciar un detalle singular.

—¿Qué son estos clavos de oro? —preguntó.

—Ah, un adorno encargado especialmente por la señora

Wilmington.

Ayres acercó la fotografía a los ojos.

—Parecen muy grandes —observó.

—En efecto. Pero no son de oro. —Dahlgren soltó una risita—. Hierro, recubierto de una fina capa de oro de baja ley. Además, no sujetan la tapa del ataúd; la cabeza, como puede apreciar, es muy grande, pero al vástago, esto es, la punta que debe hincarse en la madera, tiene apenas centímetro y medio, lo justo para sostenerse.

El joven contó con los dedos.

—Trece clavos —dijo.

—Sí. Lo curioso del caso es que la señora Wilmington encargó catorce, pero luego sólo aparecieron trece. Le pregunté por el clavo décimo cuarto y dijo que no se lo habían entregado. Ella misma tuvo el capricho de clavarlos en el ataúd, días después de la muerte de su esposo.

—Sin embargo, usted tomó fotografías del féretro...

—La señora Wilmington me lo permitió, a fin de tener una muestra para poder enseñarla a futuros clientes —explicó Dahlgren.

—Ah, muy lógico. Y, dígame, ¿quién forjó los clavos? Porque estoy viendo que es un trabajo especial, no se trata de una obra en serie.

—Lo hizo el mismo que construyó la reja, naturalmente, siguiendo con toda fidelidad el diseño de Steyn. Esto es algo en lo que no intervinimos nosotros, me refiero a los clavos, naturalmente.

—Cinco a cada lado, dos en la cabecera y uno en los pies —murmuró el joven—. ¿Puede darme el nombre del artista, señor Dahlgren?

—Con mucho gusto, pero habrá de permitirme diga que actualmente se encuentra en Europa, estudiando las grandes obras de los maestros de la forja de siglos pasados. No puedo decirle cuándo volverá...

—Es lo mismo. Algún día regresará —sonrió el joven.

«Trece clavos para un ataúd», pensó más tarde cuando regresaba a su casa. ¡Qué extraño capricho!

Claro que nunca faltaban personas con inclinaciones de morbosa necrofilia. Y, a fin de cuentas, Corinne Wilmington tenía que sentir una enorme gratitud hacia el hombre que la había dejado viuda, a los treinta años y dueña de una saneada fortuna. El panteón era la muestra práctica de tales sentimientos de la viuda.

Levantó el teléfono y, sospechando la identidad de la persona que le llamaba, puso un pañuelo y contestó con voz gruesa:

—Ayres, padre. ¿Quién es?

—Señor Ayres, soy Corinne Wilmington. ¿Ha regresado su hijo? El joven carraspeó, tosió un poco, hipó con fuerza y luego gritó:

—Quint, hijo, aquí hay una prójima que quiere hablar contigo... Ten cuidado, no sea una sacacuartos...

—Papá —gritó el joven, con fingida cólera—, ¿Cuándo vas a aprender a comportarte como un ser humano? Dispense, señora Wilmington; no he podido evitarlo...

—No se preocupe —dijo Corinne—. Me hago cargo y comprendo su situación. Señor Ayres, ¿aceptaría mi invitación para cenar esta noche... en mi casa?

—Me gustaría tenerla a mi lado en estos momentos —contestó el joven.

—Bueno, le estoy hablando por teléfono...

—Es que le pediría que me pellizcase con fuerza. Creo que estoy soñando, ¿sabe?

Corinne se echó a reír.

—Los dos estamos despiertos y no es un sueño. ¿A las seis y media?

—Seré puntual. Gracias, señora Wilmington.

—Puede llamarme Corinne. Su nombre es Quint, ¿verdad?

—En efecto.

—Hasta las seis y media, Quint.

—Gracias, Corinne.

Al quedarse solo, Ayres se frotó las manos y luego dio una zapateta.

—Esto marcha —exclamó alegremente.

A media tarde, fue a la floristería y encargó el ramo más grande que pudo encontrar. Mientras se lo preparaban, vio algunos objetos de adorno en los mostradores, uno de los cuales llamó especialmente su atención.

—¿Qué es esto, señorita? —preguntó.

—Oh, una cajita de música, con cuerda. La música suena a una hora determinada, según la marque el cliente. ¿Quiere que le haga una prueba?

—Si no es molestia...

—Todo lo contrario, señor.

La dependienta le enseñó cómo manejar la cajita. Ayres calculó el tiempo.

—Póngala en marcha para las ocho de la noche —indicó.

—Sí, señor.

—La colocaremos dentro del ramo, de modo que suene sin que

ella lo sepa hasta el último momento.

—Muy bien, señor.

Ayres pagó poco después y, cargado con las flores, que debía sujetar con ambas manos, salió a la calle.

Había dado apenas un par de pasos, cuando notó algo duro en el costado derecho.

—Esta vez no permitiré que use ninguno de sus sucios trucos —dijo Leech torvamente.

Ayres respingó. Miró a su izquierda y vio a otro sujeto de rostro estólido, que tenía su hombro derecho apoyado en el suyo.

—Suba a ese coche —ordenó Leech—. Y no quite las manos del ramo o aprieto el gatillo.

—Caballeros, sospecho que están invitándome a dar un paseo —dijo el joven sin inmutarse.

—Exactamente —confirmó el hampón.

* * *

Ayres se sentó en el centro del asiento posterior, flanqueado por Leech y el otro hampón. El conductor, un tipo de rostro tan inexpresivo como el de sus compinches, arrancó en el acto.

—¿Iba a alguna cita, Ayres? —preguntó Leech.

—En cierto modo —contestó el joven.

—Una dama guapa y elegante.

—Fue guapa, aunque sigue siendo elegante. Y con una salud de hierro.

—¿Por qué dice eso?

—Es mi anciana tía. Iba a llevarle este ramo de flores, como obsequio de cumpleaños.

El otro hampón soltó una carcajada.

—Tendrá que celebrarlo a solas, ¿no te parece, Granny?

—Cierra el pico —gruñó Leech.

—De modo que quieren quitarme de en medio —dijo Ayres.

—No. Si piensa que vamos a matarle, está equivocado. Aunque puede que lo hagamos, si después de lo que le va a pasar hoy, persiste en seguir adelante con el caso.

—No entiendo...

—Vamos a romperle unos cuantos huesos. Estará varias semanas en el hospital. Cuando haya salido, su opinión sobre los diamantes habrá cambiado radicalmente.

—Comprendo.

Ayres guardó silencio. Leech se puso a mirar por una ventanilla.

En el asiento delantero, el conductor casi parecía una estatua. Un cuarto de hora más tarde, salieron de la ciudad. El coche se adentró por un camino secundario. Ayres se imaginó que lo llevaban a algún paraje solitario. De pronto, hizo una pregunta:

—¿Pueden decirme la hora que es?

—Las seis y quince minutos —contestó Leech—. ¿Tiene alguna importancia el tiempo?

—¡Diablos! —exclamó el joven—. La bomba está a punto de explotar.

—¿Qué bomba? —preguntó el otro sujeto.

—Mi tía se resiste tenazmente a abandonar este perro mundo. Yo quería apresurar ese viaje y le iba a regalar las flores, con una bomba dentro. Es una mujer terriblemente pesada; siempre está diciendo que nació tal día como hoy, a las seis y diecisiete de la tarde...

—Eso es una broma de mal gusto —rezongó Leech.

—¿Sí? Escuche, escuche el tic-tac del reloj...

El otro hampón metió la cabeza en el ramo. De súbito, lanzó un alarido:

—¡Para, para ahora mismo!

Sorprendido, el conductor clavó el freno. El coche coleó un poco y acabó por detenerse.

—¡La bomba, está a punto de estallar!

Leech y los otros dos, aterrados, abrieron las portezuelas y escaparon a todo correr. Ayres, tranquilamente, dejó el ramo a un lado, cabalgó por encima de los asientos delanteros, se sentó en el puesto del conductor y dio el contacto nuevamente.

Arrancó, pisando a fondo el acelerador, a la vez que golpeaba el volante hacia la izquierda. Las ruedas traseras despidieron nubes de polvo y tierra cuando el coche se salió un poco del asfalto, pero Ayres consiguió dominarlo y enfiló el camino de vuelta a toda velocidad.

Leech y sus compinches se habían arrojado detrás de un pequeño montículo de tierra. Cuando vio que el coche se perdía en la distancia, Leech blandió el puño y gritó:

—No me engañarás la próxima vez...

Silbando alegremente, Ayres fue al encuentro de la hermosa Corinne Wilmington.

CAPITULO VIII

Corinne en persona abrió la puerta.

—He dado permiso a la servidumbre —dijo.

Ayres sonrió.

—No sé cómo disculparme. He tenido que ir al hospital...

—¿Algún enfermo?

El joven puso cara de pesar.

—Mi pobre madre. Mi padre la está matando a disgustos... Hace dos días, sufrió un ataque cardíaco... Todos tenemos que llevar nuestra cruz, Corinne...

—Cuánto lo siento, Quint. Entre, se lo ruego.

—Gracias. —Ayres sonrió—. Verá que no me he olvidado de usted —y le entregó el ramo de flores.

Corinne aspiró el perfume unos instantes. Luego dejó el ramo en un jarrón y movió la mano invitadoramente.

—Venga —dijo—. Tomaremos una copa. La mesa está ya puesta; una cena fría, me pareció lo más apropiado.

—Sabe usted elegir —alabó el joven—. Es precisamente lo que yo hubiera sugerido, de haber tenido la suficiente confianza para indicárselo.

—Celebro haber adivinado sus pensamientos.

Corinne le tendió una copa. Ayres la miró fijamente.

—Por la mujer más hermosa que he conocido —dijo.

—Diríase que está pensando que soy la única de este mundo —rió ella.

—Para mí, indudablemente. En estos momentos, es como si el bello sexo se hubiese extinguido en su totalidad y usted fuese la única superviviente.

—No se burle de mí. Ya no soy una chiquilla y, además, hay quien me gana de sobra. ¿No quiere sentarse un poco?

Corinne le indicó un diván. Ayres estudió su indumentaria. Era preciso reconocer que tenía buen gusto. El vestido, aunque ajustado, no lo era tanto que resultase demasiado provocativo y el escote era más bien moderado. Sin embargo, resultaba enormemente atractiva. Era difícil ignorar el aura sensual que la envolvía sutilmente, como una piel invisible.

Conversaron unos, minutos. Luego, Corinne se levantó y le hizo pasar al comedor.

La cena resultó muy agradable y el champaña estaba en su punto. Alrededor de las ocho, se oyó una música suave, muy agradable.

—¿Qué es eso? —preguntó Corinne, intrigada.

—Una sorpresa mía —contestó Ayres—. Está dentro del ramo de rosas.

Ella sonrió.

—Me parece que conozco la música...

—Si Beethoven viviera, la titularía, «Para Corinne», en lugar de «Para Elisa».

Corinne se echó a reír.

—Nadie había tenido jamás un detalle semejante. Es usted... único, Quint.

El teléfono sonó en aquel momento. Corinne hizo un gesto de desagrado.

—¿Quién será el importuno?

Abandonó la mesa y se acercó a una consola. Levantó el aparato y escuchó unos instantes. Luego, sorprendida, tendió el teléfono hacia su invitado.

—Es para usted. La enfermera de su tía Agatha.

—Oh... Le dije que estaría aquí, por si sucedía algo...

Ayres cogió el teléfono.

—Dígame, por favor...

Simuló escuchar. Binnie le contó un chiste verde. Ayres tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no soltar la carcajada. Luego le dio las gracias, colgó y se volvió hacia su anfitriona.

—Mi pobre tía... Está casi en las últimas... No se habla con su hermano, esto es, mi padre.

—Cuánto lo siento —dijo Corinne—, ¿Tiene que marcharse?

—Sí. Mi tía me parecía muchísimo. Además, me ha nombrado su heredero. De mi padre no quiere saber nada; hace años que están peleados.

—Lo comprendo. Es una pena, Quint.

—Gracias. Corinne, lamento tantísimo tener que interrumpir la velada... Por cierto, la próxima vez, si no le importa, hablaremos del panteón que usted hizo construir para su difunto esposo.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió.

—Verá... Mi tía es un tanto original y oyó hablar de ese panteón. Repetidas veces me ha dicho que quiere dejar una manda en su testamento, destinada a pagar los gastos de construcción de un mausoleo semejante. Claro está, cuando llegue el momento, yo habré de cumplir con su última voluntad...

Corinne le tomó las manos con gesto afectuoso.

—Vaya junto a su tía y ojalá se trate solamente de una falsa alarma. Las personas de edad, a veces, reaccionan inesperadamente.

—Ojalá sea como dice. Corinne, gracias por todo. Espero verla muy pronto.

—Sí, cuando guste.

Ayres salió de la casa y respiró a pleno pulmón. Luego, sonriendo para sí, emprendió el regreso a pie. El coche de los hampones había quedado muy atrás. «Ya lo encontrarán», se dijo.

Había caminado una veintena de pasos cuando, de pronto, oyó una voz femenina:

—¿Taxi, señor?

Ayres volvió la cabeza. Karen, sonriendo irónicamente, estaba en su coche, parado junto a la acera.

—Vaya una casualidad —exclamó él.

—No es casualidad. Estaba aguardando.

—Yo diría que figoneaba... ¿Le gusta mirar?

—No me he acercado a ninguna ventana. Simplemente, esperaba. Ayres se había sentado ya junto a la muchacha. El automóvil se puso nuevamente en movimiento.

—Entonces, quiere saber lo que ha pasado —dijo.

—Si no es molestia...

—Ninguna. Pero no espere enrojecer con detalles eróticos, porque no ha pasado nada.

—Entonces, ¿ha sido un trabajo en balde?

—Karen, el labrador, cuando arroja la semilla, no espera recoger la espiga a los diez minutos.

—Es usted el campeón de las metáforas —dijo Karen irónicamente—. Y, ¿cuándo llega el tiempo de la recolección?

—Usted no tiene ninguna prisa. Le interesa solamente encontrar los diamantes, no espera conseguir ningún beneficio. Por tanto, un día más o menos, ¿qué importancia puede tener?

—Si lo mira desde ese punto de vista...

—Indíqueme otro y tal vez cambie de opinión.

—Lo siento. Es cierto, estoy algo impaciente... No lo puedo evitar, compéndalo.

—Está bien, no discutamos más.

—Pero, al menos, ¿no puede decirme qué ha conseguido?

—Por ahora, nada. Sin embargo, estoy tratando de conquistarla con el cuento de la lástima. Una madre cardíaca por los disgustos de su esposo, alcohólico y depravado e incorregible. ..

—¿Quiénes son esos? —se espantó Karen.

—Mis padres —contestó él muy serio—. Unos padres imaginarios, todo es preciso decirlo.

—Ah, la está engañando... ¿Qué más fábulas le ha contado?

—Mi tía Agatha, inmensamente rica y con deseos de reposar para siempre en un panteón como el de Arnold Wilmington. Tía Agatha está con un pie en la tumba y, en estos momentos, yo me encamino a su casa, tal vez para recibir su último suspiro.

—Voy comprendiendo —sonrió la muchacha—. Tía Agatha,

naturalmente, es otro personaje imaginario.

—Oh, no, existe realmente y es hermana de mi padre, quien, dicho sea de paso, es abstemio y jamás le ha dado un disgusto a su esposa. Tía Agatha tiene una salud de hierro y no es rica. Trabaja, naturalmente.

—¿En qué? —preguntó Karen de forma casi maquinal.

—Es profesora de Arqueología en la Universidad de Chicago.

Karen respingó.

—¡Menudo embuste! —exclamó.

—Bueno, si lo cree así... Mañana le enviaré su último libro. «Una nueva teoría sobre la Atlántida». Ha tenido un gran éxito de crítica y de público... ¡Pare! —gritó él de pronto.

Karen obedeció.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada de particular. Tengo que ver a una persona imprescindible. La llamaré mañana por la mañana.

—Muy bien, Quint. Oiga... ¿Quint de Quintín?

Ayres estaba ya fuera del coche y se inclinó, sonriendo.

—Quint, de Quintus. El nombre completo es Quintus Caius. Romano de pura cepa, como puede apreciar.

Ella se quedó un tanto desconcertada. Ayres dio media vuelta, cruzó la acera y se metió en el edificio.

Instantes después, llamaba a una puerta. Binnie acudió a los pocos momentos y le miró con ojos chispeantes.

—Hola —saludó el joven—. ¿Cómo está tía Agatha?

—Entra y te daré noticias sobre su... salud de hierro —contestó la rubia.

* * *

Sonó una carcajada. Binnie rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¡Dios, qué jugarreta! —exclamó—. Habría dado algo bueno por ver la cara que pusieron esos idiotas cuando vieron que te marchabas con su coche sin que explotase la bomba. No había oído en mi vida nada tan divertido, créeme.

—Al principio no lo era —contestó Ayres, mientras, tendido boca arriba, fumaba plácidamente un cigarrillo—. Procuraba mantenerme sereno, pero por dentro era un puro flan. Aquello^ tipos estaban dispuestos a que me pasara unas cuantas semanas en el hospital y, la verdad, no me hacía ninguna gracia. Entonces, no sé cómo, me acordé de la cajita de música... Es un tipo anticuado, pero ahora las hay con pilas, en lugar de cuerda.

—Vamos, un reloj marcador, como el de los hornos de cocina.

—Si, aunque con varias horas de cuerda. Por eso hace tanto

ruido y cuando oyeron el tic-tac se tragarón la historia de la bomba.

—Ahora deberás tener más cuidado que nunca —aconsejó la rubia—. Ese Granny es un tipo verdaderamente repulsivo. Conozco a una chica que se pasó mes y medio en un hospital, a consecuencia de la paliza que le propinó, sólo porque no quiso acostarse con él. Si estuviese en mi poder, lo ataría de pies y manos, lo pondría delante de una apisonadora y yo misma manejaría la máquina para dejarlo tan planchado como un pañuelo.

—Gracias por tus intenciones —sonrió él—. No dejaré de tenerlo en cuenta.

—Además, es preciso tener presente otro detalle. Harris y la señora Wilmington no se hablan desde hace muchísimos años. Sé que él intentó la aproximación, pero ella lo envió al diablo y no empleó precisamente palabras demasiado académicas.

—¿Habían sido amantes en tiempos?

—Oh, no, en absoluto. Son hermanos.

Ayres dio un respingo y se sentó bruscamente en la cama.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo siento, fue ayer precisamente cuando me enteré. Estuve conversando con una amiga y el asunto surgió al cabo de un rato. Corinne y yo fuimos... colegas, pero en este oficio, no se hacen muchas preguntas íntimas. Ni siquiera conocía su apellido de soltera.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Bueno, son hermanos, pero sus relaciones se deterioraron hace ya muchísimos años. Ella atravesaba una mala racha y tuvo que dedicarse a ganarse la vida de la única manera que sabía hacerlo. Harris ya progresaba, pero se negó a ayudarla. Corinne, imagino, debió de pensar que en este mundo todos tenemos nuestra ocasión y se la guardó para cuando Harris la tanteó con vistas a una reconciliación familiar.

—Es una noticia sorprendente. Quizá eso explique muchas cosas, Binnie —dijo el joven.

—Sí, desde luego.

—Un detalle que no dejaré de tener presente para la próxima entrevista, cuando tía Agatha haya mejorado —sonrió Ayres.

El teléfono sonó en aquel momento. Binnie alargó la mano y escuchó unos momentos. Luego dijo:

—Para ti, Quint.

Ayres cogió el auricular.

—¿Diga...?

—Quint, soy Duke. Tengo noticias interesantes.

—Gracias. ¿Cómo diablos sabías que me encontrarías aquí...?

Al otro lado de la línea sonó una risita.

Llamé a tu casa, no contestabas, así que se me ocurrió que podías estar «conversando» con Binnie —contestó Field maliciosamente—. Bueno, el maestro de forja está en Europa, pero he localizado a su ayudante.

—¿Tenía un ayudante? —se sorprendió Ayres.

—Esta clase de trabajos necesitan más de una persona — contestó Field—. El tipo se llama Dennis Swart y tiene un pequeño tallercito al final de Eastside Ground, en el número tres mil seiscientos dos. Puede que te interese hablar con él.

—Ya lo creo que me interesa, Duke. Mañana mismo iré a verle. Oye, ¿no hay noticias de Mike Russo?

—Nada por ahora, Quint.

—Sigue buscando, Duke.

Ayres colgó el teléfono y se volvió sonriendo hacia Binnie.

—¿De qué hablábamos, preciosa?

—De la cruel enfermedad que padece tía Agatha —rió ella.

—Está tan sana como tú.

Ayres se inclinó hacia Binnie y la mordisqueó en una oreja.

—Sanísima... —agregó con cálido acento.

CAPÍTULO IX

Karen salió de la casa con paso ágil, cruzó la acera y se sentó en el coche junto a su conductor.

—Espero que se trate de algo importante —dijo.

—Lo es —contestó él—. Pero antes habrá de permitirme que le presente mis disculpas. Claro que no soy un profesional y ello disculpa en parte el error.

—Admito sus excusas. ¿De qué se trata?

—Se llama Dennis Swart y era ayudante del autor de la verja que cierra el panteón de Wilmington.

—Oh, muy bien. Ahora vamos a verle, supongo.

—Ha acertado. Además, tengo otra noticia interesante.

—Al final, resultará un detective tan bueno como Nero Wolfe —rió la muchacha—. Suelte la noticia, Quint.

—La señora Wilmington se llamaba de soltera, Harris.

Karen se sintió estupefacta.

—¿Hermana de... Howard Harris?

—Sí, justamente.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Vulgarmente, se llaman fuentes de información, pero una elemental prudencia impide que se revele el nombre de la persona que me lo dijo.

—Espero que sus informes sean veraces.

—No hay motivo para dudarlo. Ella...

Ayres se interrumpió. Karen soltó una risita.

—Ah, es una «ella» —dijo maliciosamente.

—Bueno, la tengo «empleada» de forma provisional. El caso es que conocía a Corinne desde los tiempos en que ésta buscaba clientes en las esquinas de las calles.

—Ah, comprendo. ¿Qué más?

—En los tiempos difíciles, Harris no quiso ayudar a su hermana. Corinne esperó el momento y ahora que ha llegado la ocasión, le ha enviado al diablo.

—Lo cual quiere decir que intentó reconciliarse.

—Exactamente. Corinne, ahora, se ha tomado el desquite y no quiere saber nada de su hermano.

Karen se relajó en su asiento, mordiéndose los labios pensativamente.

—También podría ser una actitud de cara a la galería —dijo.

—¿Para engañar a la gente? No lo creo, Karen. Mire, desde antes de conocerla a usted, yo ya había oído hablar de la fortuna de Arnold Wilmington. Harris tiene dinero, pero está invertido en sus negocios. Corinne, en cambio, podría firmar ahora un cheque por muchos

millones y el Banco lo atendería inmediatamente. No tiene sentido reanudar los lazos familiares con un hermano que en tiempos la dejó abandonada, sobre todo, cuando es una relación conocida solamente por muy pocas personas y Corinne está situada ahora en una esfera social totalmente diferente.

—Es decir, una dama absolutamente respetable.

—En efecto, así es.

—Lo cual no le impide tener tantos amantes como cualquier cortesana de la antigüedad.

—En primer lugar, eso no es totalmente cierto. Corinne, en efecto, siente en ocasiones la necesidad de un poco de afecto, pero tiene la cabeza lo suficientemente bien asentada sobre los hombros como para no recaer en un segundo matrimonio. Y, en segundo lugar, tener un amante no está tan mal visto como... relacionarse con un sujeto como Harris, una verdadera potencia del hampa en la ciudad. Al casarse con Arnold Wilmington, se convirtió en una dama respetable y sigue siéndolo, aunque, a veces, recaiga en ciertas debilidades de la carne, cosa de la que nadie se ve libre en este mundo.

—Es usted un filósofo —sonrió Karen—. Me ha gustado la defensa que ha hecho de Corinne.

—No la defiendo, expreso mi punto de vista —contestó Ayres llanamente—. Ah, ya estamos llegando...

Frenó suavemente y arrimó el coche a la acera. El lugar estaba casi desierto. Había un par de edificios, destinados a almacenes, que no se usaban desde hacía mucho tiempo. En el centro de un solar, con un trozo de jardín sumamente descuidado, se veía una casa de dos plantas, muy antigua, en cuya parte posterior había un gran cobertizo con paredes parcialmente acristaladas.

Una alta chimenea de tubo metálico sobresalía de uno de los costados del cobertizo. Por la parte superior se veía emerger una delgada columna de humo negruzco. Ayres percibió claramente el olor a sulfúrico.

—La fragua está encendida, lo que significa que Swart está trabajando —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—Huelo a carbón de piedra encendido.

Abrió la portezuela y se apeó del coche. Karen saltó por el otro lado.

Cuando se acercaban a la puerta de la casa, sonaron dos detonaciones.

Karen se detuvo en el acto. Ayres tiró de la mano y la arrastró hasta situarla junto a la entrada.

—¡Quieta aquí! ¡No te muevas para nada! —ordenó.

Ayres se asomó por la otra esquina y vio parado un coche junto a la fachada lateral. El asesino, calculó, tendría que salir por allí y corrió hacia el vehículo, al que deshinchó una rueda. Luego, en silencio, siguió andando hasta llegar a uno de los laterales del cobertizo.

Un hombre yacía en el suelo, boca abajo, completamente inmóvil. Más allá, se divisaba a otro, revolviendo el taller, en busca de algo que no había podido encontrar hasta el momento.

El sujeto le resultó desconocido. Ayres aguardó unos momentos, hasta que lo vio desaparecer por una puerta que comunicaba el taller de forja con el interior de la casa. Sospechando las intenciones del asesino, dio la vuelta al cobertizo y entró por una puerta situada en el lado opuesto.

El muerto debía de ser Swart. Ayres vio que tenía las manos atadas a la espalda. En su mejilla derecha había señales de quemadura. Al lado, en el suelo, vio una barra de hierro.

Ayres sintió que le invadía una oleada de cólera. El asesino había torturado a su víctima con una barra al rojo vivo, para hacerle hablar. Luego, le había pegado dos tiros.

Se acercó a la otra puerta y escuchó unos instantes. Dentro de la casa sonaban ruidos de todas clases. El asesino estaba registrando las habitaciones.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Ayres percibió ruido de pasos que se acercaban rápidamente.

Esperó junto a la puerta. El asesino, un hombre de mediana estatura, muy fornido, apareció en el umbral.

En el último instante, se dio cuenta de que no estaba solo, pero era ya tarde. El filo de la mano derecha de Ayres le golpeó despiadadamente bajo la oreja y se desplomó fulminado.

Ayres inspiró con fuerza. Agachándose, con un pañuelo en la mano, le quitó una pesada automática calibre 45. Luego cruzó la casa y se asomó a la puerta.

—¡Karen!

La muchacha lanzó un gritito. Ayres sonrió.

—No temas, soy yo.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Me has asustado...

—Lo siento. Swart está muerto. He capturado al asesino. Entra y busca un teléfono. Hay que llamar a la Policía.

—Está bien.

Ayres volvió a la fragua. El asesino seguía inconsciente. Se inclinó, le registró y en su billetera encontró un permiso de conducción a nombre de Link Capple.

En uno de sus bolsillos encontró algo que le hizo sentirse sumamente intrigado. Era un clavo de hierro, con la cabeza tan grande como su pulgar, pero con una punta que no mediría más de centímetro y medio. El diámetro de la cabeza era de unos tres centímetros y su grosor alcanzaba casi los cuatro.

Estudió el clavo con gran detenimiento. De pronto, vio algo que le hizo arquear las cejas. Luego, cogiendo la cabeza con el Índice y el pulgar, y sujetando el clavo por el vástago destinado a clavarse en la madera, ejecutó un seco movimiento de torsión hacia la izquierda.

La cabeza giró sobre una rosca. Ayres sonrió, mientras seguía dando vueltas, hasta quedar con el clavo dividido en dos partes: la parte superior, con relieves de forja y forma aproximadamente cónica, y la inferior, compuesta por la base roscada y el vástago con punta.

La cabeza estaba hueca. Ayres sonrió para sí. Creía haber adivinado el secreto de los clavos de oro del ataúd donde yacían los restos de Arnold Wilmington.

Karen asomó en aquel momento.

—Ya he avisado a la Policía —informó.

Ayres se guardó en el bolsillo las dos partes del clavo ornamental.

—Gracias. —Señaló al asesino desmayado—. Es Link Capple.

—La pareja de Malone.

—Actuaban independientemente, aunque en una ocasión «operaron» juntos. Cuando mataron a tu padre. Uno de los dos era el supuesto taxista. El otro disparó.

El hermoso semblante de la muchacha se oscureció.

—Deseo que lo tengan encerrado hasta que muera —dijo.

—Se cumplirán tus deseos —aseguró él.

* * *

Field le llamó a la mañana siguiente.

—He localizado a Mike Russo, pero no quiere hablar. Está muerto de miedo.

—Si le prometes algo de dinero, ¿soltará la lengua?

—Tal vez... ¿Hasta dónde puedo llegar?

Ayres suspiró.

—Mil «pavos», pero no más —contestó—. ¿Dónde te llevo el dinero?

—A mediodía estaré en el *Shock* —contestó Field.

—Vaya un nombrecito...

—Tienen una bebida especial de la casa. Cuando la pruebas por primera vez, recibes un auténtico *shock* —rió el informador.

Ayres procuró ser puntual, aunque se abstuvo de pedir la bebida especial de la casa. Field se embolsó el dinero.

—Creo que podré decirte algo a la noche.

—De acuerdo.

Una mujer solicitó fuego en aquel momento. Ayres se volvió y sonrió a la vez que le ofrecía su encendedor.

—Creo que nos hemos visto —dijo.

—Sí. Hace algunas noches. Usted quería hablar con el señor Harris —contestó ella.

—Hettie Reid, relaciones públicas. ¿Qué hace usted por estos andurriales?

Ella movió la cabeza ligeramente.

—El «Shock» pertenece a mi jefe —contestó—. De cuando en cuando, echo un vistazo para ver cómo marchan las cosas.

—Sí, conviene vigilar la propiedad, aunque sea con ojos ajenos. Pero de confianza, claro.

—Es un trabajo como otro cualquiera —contestó Hattie—. Y usted, ¿qué hacía por aquí?

—Quedé citado con un amigo. Ya me iba, señorita Reid.

—Hettie —indicó ella—. Bueno, ya he terminado mi trabajo aquí. Hasta la noche, no tengo nada que hacer. ¿No le gustaría tomar una copa conmigo, en mi apartamento?

—¿Cuántos días de viaje hay?

Hettie se echó a reír.

—Dos manzanas —contestó.

—Debería estar en los antípodas. Sería un viaje maravilloso.

—Bien, ciertos aspectos de un largo viaje se pueden conseguir en un apartamento inmóvil —sonrió Hettie.

—De acuerdo. Vamos a estudiar esos aspectos, Hettie.

Momentos más tarde, entraban en el apartamento de la joven. Ayres apreció el buen gusto de Hettie. Abundaban las plantas de interior y la sala era enorme, con un par de divanes de color claro y dimensiones adecuadas a la decoración.

En el centro había una chimenea con campana de hierro suspendida. Al fondo, se oía el tenue susurro de un surtidor. Unos peces tropicales nadaban en una pecera de casi tres metros de largo, suavemente iluminada.

—Esto es lo que yo llamo un vagón de tren de larga distancia —dijo Ayres, después de contemplar la decoración—. Vamos, para viajar un par de semanas sin apearse.

Hettie rió ligeramente.

—Cuando llego a casa, después del trabajo, me gusta estar cómoda —respondió—. Si me disculpa un momento, iré a cambiarme de ropa. Luego prepararé algo de beber.

—Claro.

Ella se marchó. Ayres se acercó a la pecera y estuvo contemplando durante unos momentos las evoluciones de los peces. Casi se sintió sorprendido al oír la voz de su anfitriona.

—Aquí tienes —dijo Hettie.

Ayres aceptó la copa que le tendían. Probó un poco y movió la cabeza apreciativamente.

—Sabes hacer los combinados —elogió.

—Es una vieja fórmula, buena y rápida. ¿No quieres sentarte?

Ayres la siguió hasta uno de los divanes. A su izquierda había un enorme tiesto, con una palmera de casi tres metros de altura. Hettie se había puesto ahora un kimono muy corto, con grandes mangas. La prenda era de seda, sin dibujos, y quedaba a un palmo de las rodillas, que ella mostraba con toda despreocupación.

—Eres soltera, supongo.

—Estuve casada, pero me divorcié.

—¿Quién tuvo la culpa?

—El —sonrió Hettie.

—Era un idiota. Yo no te habría dejado por otra, por todo el oro del mundo.

—Hay gustos, Quint. El pensaba de otra manera.

—¿Pensaba? Yo creí que no tenía cerebro...

Hettie se echó a reír.

—No eres el primero que lo dice —contestó—. ¿Soltero, Quint?

—Absolutamente. Oye, ¿quién fue tu decorador?

—Yo. Nadie me indicó cómo debía arreglar el apartamento.

—Tienes un gusto exquisito. El tanque, para los peces, sobre todo, es un acierto. Aunque debe de haber un fallo en el funcionamiento del oxígeno. Me ha parecido ver que un par de ellos están enfermos.

—¿De veras? —se sorprendió ella.

—Sí, mira... Aquel que está ahora en el ángulo superior derecho... ¿Lo ves?

—A mí no me parece que esté enfermo, Quint.

—Quizá sea una impresión mía. De todos modos, no me hagas caso... —Ayres dejó la copa vacía sobre una mesita baja—. Oye, el combinado estaba buenísimo.

—Lo celebro, Quint.

De pronto, Ayres se llevó la mano a la boca y bostezó aparatosamente.

—No sé qué me sucede... Me está entrando sueño...

—¿Es que trabajas por las noches?

—No, pero... —Ayres sacudió la cabeza—. Demonios... no lo puedo resistir...

Hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, pero, al cabo de unos segundos, dobló la cabeza sobre el pecho y se quedó inmóvil.

Hettie esperó todavía un poco. Agarró el brazo del joven y sacudió con fuerza. Ayres no reaccionó.

Entonces, ella se levantó, fue hacia el teléfono y marcó un número.

—¿Granny? ¿No está...? Bien, búscalo inmediatamente... Haz lo que te digo, estúpido. Soy Hettie y si quieres conservar tu puesto, harás lo que te digo ahora mismo o antes de que te des cuenta de lo que sucede, te verás de patitas en la calle... Está bien, aguardo...

Transcurrió casi un minuto. Luego, Hettie volvió a hablar:

—Granny, lo tengo. Sí, como un tronco, no te preocupes... ¿Cuánto, un cuarto de hora? ¿No puede ser antes? Idiota, más dosis podría haberle matado... Date prisa, eso es todo.

Hettie suspiró profundamente. Dejó el teléfono en la horquilla y se volvió.

Un grito de terror brotó de su garganta en el acto, a la vez que su cara adquiría la blancura de la cera. Con un cordón en las manos y sonriendo siniestramente, Ayres, despierto de una forma que le resultaba incomprensible, avanzaba hacia ella con intenciones nada difíciles de adivinar.

CAPITULO X

La puerta se abrió bruscamente. Leech entró en el apartamento, seguido de sus dos compinches. Avanzó unos cuantos pasos y se detuvo como herido por el rayo al ver a Hettie tumbada en un diván, atada de pies y manos y con la boca cubierta por una mordaza.

Una voz irónica sonó a espaldas de los recién llegados.

—Caballeros, la señorita Reid tenía una pequeña pistola, de calibre veinticinco, pero tan efectiva como una del cuarenta y cinco. Ahora está en mi poder, en perfecto estado de funcionamiento, y el que dude de mis palabras, no tiene más que intentar atacarme.

Leech se volvió lentamente. Había fuego en sus ojos.

—Tendría que estar dormido —barbotó.

—La invitación de la señorita Reid se me antojó sospechosa, sobre todo, después de recordar que la otra noche, cuando mencioné ciertos diamantes, salió como si la persiguiera el demonio. Vine, probé el «cocktail», le encontré un gusto extraño, aunque apenas pronunciado, todo hay que decirlo en su favor y luego, aprovechando su interés por los peces enfermos, vacié la copa en la tierra del tiesto de esa palmera. Granny, ¿todavía sigue persistiendo en su idea de enviarme al hospital con un montón de huesos rotos?

—Quizá la próxima vez haga algo más —contestó el sujeto con torvo acento.

—Permítame dudarle —sonrió Ayres—. Por favor, saquen las armas y déjenlas caer. No hagan movimientos sospechosos. Si alguno piensa que no voy a disparar, que intente provocarme.

Leech comprendió que la resistencia era inútil y lanzó un gruñido.

—Tirad las pistolas —ordenó a sus secuaces—. Ya llegará el momento del desquite.

—Su optimismo carece de fundamento —dijo el joven—. Atrás, por favor...

Leech y los otros dos obedecían. Ayres apartó las pistolas a puntapiés.

—Harris quiere los diamantes, ¿no es así?

Leech apretó las mandíbulas. Ayres estiró el brazo armado.

—¡Conteste o disparo a matar!

El hampón se sobresaltó.

—Diablos, no...

Ayres apretó el gatillo. La bala pasó rozando la oreja izquierda de Leech, quien dio un salto de pánico.

—Sí, quiere los diamantes...

—Y anda buscándolos como un loco y por eso contrató a Malone para que asesinara a Steyn y luego, como Malone está fuera de la circulación, hizo que Capple torturase a Swart primero y luego lo asesinara.

—Eso no es cierto —protestó Leech.

—¿Cómo que no es cierto? Yo mismo capturé a Capple...

—Harris sospecha que lo hizo por propia iniciativa. Esos dos tipos se olieron algo. Puede creermelo, Ayres; mi jefe no le ordenó nada con respecto a Swart.

—Pero sí mandó matar a Steyn.

—No lo probarán jamás.

—Es posible, pero jamás verán esos diamantes. Dígaselo así a su jefe. Es inútil que siga buscando, nunca encontrarán el escondite de las piedras.

De pronto, Ayres señaló con la pistola a uno de los matones.

—Tú, arranca los cordones de las cortinas. Quiero que ates a Granny y a tu compinche. ¡Obedece, si quieres seguir viviendo!

Un cuarto de hora más tarde, los tres individuos quedaban en el suelo. Ayres ató al último y luego se marchó.

—Vamos a ver si nos soltamos —dijo Leech.

El hombre al que había atado Ayres encontró que tenía los nudos muy flojos.

—Me soltaré antes de cinco minutos —dijo.

Le sobró uno y luego empezó a desatar a sus compinches. Al terminar, Leech se puso en pie, vomitando atroces imprecaciones.

—Voy a buscar a ese maldito Ayres y le pegaré cuatro tiros, aunque sea delante de un millar de personas...

Uno de sus compinches estaba ya inclinado sobre Hettie y trataba de soltar sus nudos. Repentinamente, la puerta del apartamento se abrió con gran violencia y una nutrida tropa de hombres vestidos con uniforme azul irrumpió en el apartamento, todos ellos pistola en mano.

—¡Quietos! Que nadie se mueva... —gritó el jefe.

La sorpresa de los hampones fue mayúscula. El jefe se acercó al diván y contempló un instante a Hettie.

—No se aflija, señora —dijo sonriendo—. Hemos llegado a tiempo de evitar el indignante ultraje que estos sujetos se disponían a cometer.

Leech soltó un aullido.

—¿Va a acusarnos de violación?

El policía se volvió y le miró duramente.

—Eso es —contestó.

Ayres enseñó el clavo a la muchacha.

—Aquí está el secreto —dijo.

Karen contempló atónita el clavo de cabeza separable. Al cabo de unos segundos, elevó la vista hacia el joven.

—No me dijiste que lo tenías —manifestó.

—Preferí callar por el momento. He ido a la funeraria y he pedido la fotografía del ataúd de Wilmington. Este clavo es muy parecido a los que adornan el féretro. Sin embargo, sospecho que es sólo un ejemplar de prueba.

—Un modelo.

—Sí. Quizá Swart se lo quedó o acaso hizo el trabajo en su propio taller. Cuando se hacen varias piezas iguales, alguna queda con un defecto y se retira antes de utilizarla.

—Todo eso está muy bien. Trece clavos en un ataúd y todos huecos, para esconder en ellos trece diamantes. Pero, si mal no recuerdo, había catorce diamantes y otros tantos clavos.

Ayres hizo un gesto afirmativo.

—Ese es un enigma que todavía no he podido resolver y lo peor es que no se me ocurre ninguna idea. El clavo y el diamante correspondiente están en alguna parte, sí, pero, ¿dónde?

—Tal vez Corinne lo sepa —dijo Karen.

—Tendré que preguntárselo, en efecto —convino el joven—. Y si no encuentro una respuesta satisfactoria...

—¿Qué harás, Quint?

Ayres sonrió.

—¿Qué te parecería una excursión al panteón de Wilmington?

Karen se estremeció.

—No podemos entrar. Desconocemos la clave de la cerradura —alegó.

—Bueno, quizá yo pueda conseguirla.

—¿De qué forma, Quint?

—Permíteme que me reserve la respuesta. Eso queda para el secreto profesional. A propósito he gastado un montón de dinero.

—¿Necesitas más?

—No. Me sobra algo, pero cuando te pase la minuta de honorarios, te haré una nota detallada de los gastos.

—Quint, ¿sabes que la compañía de seguros está dispuesta a pagar el cinco por ciento del valor de los diamantes?

—¿Cuánto es?

—En cifras redondas, un millón de dólares. Cuando se recobren los diamantes, habrá que calcular su precio actual. Puede que valgan algo más de un millón.

—Bueno, dejémoslo en una cifra redonda. La recompensa, entonces, ascendería a cincuenta mil dólares.

—Exactamente eso es lo que percibirás, Quint.

Ayres entornó los ojos.

—Pensé que hablarías de repartir a partes iguales —dijo.

—Sólo quiero una cosa —contestó la muchacha firmemente—. Me basta con rehabilitar la memoria de mi padre, demostrar que él no cometió algo de lo que fue acusado injustamente.

—Sin embargo, fue a parar a la cárcel por otro delito.

—Le engañaron, Quint.

Ayres decidió que no tenía sentido continuar la discusión. Probablemente, Jeff Thorne había cedido a la tentación en el otro asunto por el cual le habían condenado. Si ella seguía creyendo en la inocencia de su padre, no debía insistir en la tesis contraria.

—Sin embargo, hay algo que me extraña —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó Karen.

—Volvamos al asunto de los diamantes. La Policía afirma que el robo tiene la «firma» de tu padre, aunque no pudieran probárselo. Si él no lo hizo, el que robó los diamantes, supongo, debía de conocerle muy bien, para realizar una imitación perfecta de sus métodos.

—Es verdad —reconoció la muchacha—. Alguien le conocía muy bien... Espera, tal vez su ayudante...

—¿Tenía un ayudante?

—Sí. Recuerda, mi padre se había establecido en un taller de joyería propio. Una vez dijo que tenía demasiado trabajo y que necesitaría tomar un ayudante. A las pocas semanas, me anunció que ya había contratado al ayudante.

—Eso es muy interesante, porque podríamos entrevistarnos con él...

Ayres se interrumpió al ver que la muchacha hacía gestos negativos.

—Lo siento, Quint. Jamás vi a ese ayudante ni conozco su nombre.

—Pero eso es imposible...

—No lo creas. Papá tenía el taller en otro sitio distinto de esta casa y, aunque te resulte extraño, yo jamás puse los pies allí. Era su trabajo y yo tenía el mío. Dijo que ya tenía un ayudante, pero no dio más detalles ni yo le pregunté nada sobre el particular.

—Entonces, estamos como al principio.

—Tal vez no. A la que sí conocía era a la asistenta que se encargaba de la limpieza del taller, porque venía también a mi casa. Pero hace tiempo que no sé nada de ella; se despidió y...

—Búscala —indicó él, a la vez que se ponía en pie—. Un ayudante llega a conocer muy bien a su maestro y hasta adquiere muchas de sus costumbres. Quizá el tipo se aprovechó de la

circunstancia para robar los diamantes y cargar luego el robo a tu padre.

—Pudiera ser, pero entonces, ¿para qué los clavos con cabeza hueca?

Ayres sonrió.

—Espero conseguir muy pronto una explicación de ese enigma —contestó—. Naturalmente, de labios de la propia señora Wilmington.

—¿Cuándo piensas ir a verla, Quint?

—Cuando mejore mi tía Agatha —contestó él sibilinamente.

CAPITULO XI

Ayres llegó a su casa y se cambió de ropa. Luego se dispuso a atender algunos asuntos personales y se enfrascó en la tarea durante un buen rato. Alrededor de las ocho de la noche sonó el teléfono.

—Soy Duke. He hablado con Russo.

—¿Ha dicho algo interesante?

—No mucho. Parece ser que Albert perseguía unos diamantes. Se enteró que tú también andabas detrás de ellos y envió a esos dos pajarracos para apartarte del caso.

—Hay algo que no entiendo muy bien —dijo el joven—. Albert no era un hampón. ¿Por qué, en tal caso, tenía a esos dos... «colaboradores»?

—Bueno, ya sabes a qué se dedicaba en los últimos tiempos. Mujeres ricas y demás... y necesitaba informadores.

—Comprendo. Sin duda les hizo partícipe de sus planes sobre los diamantes y ellos se mostraron de acuerdo y por eso empezaron a molestarme.

—Exactamente. Y así también se explica la reacción de Golatti cuando vio muerto a su jefe. No se pudo contener y «frió» a tiros a Malone.

—Gracias, Duke.

Ayres colgó el teléfono. A los cinco minutos, volvía a sonar.

—Soy Corinne —dijo una dulce voz femenina.

—Ah, encantado de escucharla... ¿Cómo se encuentra?

—Quint, le llamo precisamente para saber el estado de salud de una persona de su familia.

—¿Tía Agatha? Bueno, ha mejorado considerablemente. El peligro inmediato ha desaparecido.

—¡Cuánto lo celebro!

—Muchísimas gracias. Por supuesto, ella tiene ya ochenta y ocho años y las cosas no serán nunca como antes. Pero su médico asegura que ya está fuera de cuidado.

—Me alegro, Quint. En tal caso, ¿podrá cenar mañana conmigo?

—Será un placer, Corinne.

—A la misma hora.

—Desde luego. Gracias.

—Buenas noches, Quint.

Ayres se frotó las manos satisfecho.

—Mañana conoceré la clave para entrar en el panteón —se dijo.

Continuó su trabajo. A las diez, recibió una nueva llamada, ahora de Karen:

—Ya he localizado a la asistente y he hablado con ella.
—¿Dice algo interesante?
—Me he quedado de piedra, Quint. Nunca pude imaginar...
—Vamos, habla de una vez —pidió él, ardiendo de curiosidad.
—El ayudante de mi padre era... Vic Albert.

* * *

Debajo de la bata, Corinne debía llevar muy poca ropa, calculó Ayres cuando, al día siguiente y armado con el consabido ramo de rosas blancas, se inclinó para besar su mano. La figura de Corinne poseía aún la firmeza suficiente para no necesitar prendas que la sujetaran o redujeran sus contornos.

«Una mujer afortunada. De callejera a millonaria», pensó. Y era preciso reconocer que Corinne había sabido adaptarse perfectamente y que no había en ella ningún rasgo grosero o desagradable.

Corinne le miró incitantemente por encima de las flores.

—Confío en que esta vez no habrá interrupciones —dijo.

—He dado a la enfermera órdenes muy estrictas —contestó él—. Si tía Agatha empeora, le dará una medicina especial con cien gramos de cianuro potásico.

—Usted no es tan malo —rió ella—. Vamos a tomar una copa, Quint.

—El ramo no tiene hoy cajita de música —advirtió el joven.

—Yo pondré la música, en todo caso.

Todo llegó con naturalidad, sin que ninguno de los dos hiciera más que seguir sus impulsos. A las once de la noche, Corinne acarició suavemente el pecho de su invitado.

—Eres muy fuerte —observó.

—Hago ejercicio regularmente —contestó él.

—¿Algún deporte en particular?

—Gimnasia y artes marciales.

—Oh, sabrás defenderte bien, si te atacan.

—Hay una forma de derrotarme, que es infalible.

—¿De veras? —Corinne le pasó la mano por el pelo—. No será cortándote el cabello, como Dalila a Sansón, ¿verdad?

Ayres se volvió para besarla.

—Así sobrevienen mis derrotas —contestó.

La pasión volvió a envolverles en sus ardientes llamaradas. Más tarde, Corinne apoyó lánguidamente su cabeza en el hombro del joven.

—Deberíamos tomar una copa —dijo—. Para celebrar el restablecimiento de tía Agatha, claro.

—¿Por qué no?

De pronto, sonó el teléfono. Corinne se separó, alargó la mano y escuchó un momento.

—Espera un poco, Howard —dijo.

Dejó el teléfono en la horquilla y se levantó presurosamente. Mientras se cubría con una bata, corrió hacia el salón.

Ayres se estiró y descolgó el teléfono suavemente. No tardó en escuchar una voz de hombre:

—Corinne, necesito que me ayudes...

Ella rió burlonamente.

—¿Ayudarte? ¿Me has tomado por loca?

—Escucha —pidió Harris—. Ya sé que me porté mal contigo, pero ahora estoy en una situación crítica...

—Hubo un tiempo en que yo tenía que mendigar para comer y pagar una miserable habitación donde dormir... cuando me dejaban los insectos. Te pedí que me echases una mano y me diste el pie... en las posaderas. ¡Si estás en un apuro, ahórcate!

—¡Corinne!

—¡Vete al infierno! —contestó ella destempladamente—. Al menos, tienes bienes que puedes vender. Cuando yo necesitaba tu ayuda, sólo podía vender una cosa: mi cuerpo.

—Me lo pagarás, Corinne, juro que...

—Howard, ya no eres mi hermano. Dejaste de serlo cuando permitiste que trotase por las calles, vendiéndome para poder comer. Además, tus apuros provienen de la clase de negocio a que te has dedicado. Yo no quiero tener nada que ver con tus asuntos. Ahora soy una persona respetable y debo mirar por mi reputación.

—La gente podría decir cosas muy sabrosas si se enterasen de que eres mi hermana —amenazó Harris.

—Todo el mundo conoce mi comportamiento desde que me casé con Wilmington. Puedo tener mis defectos, pero mi reputación es intachable en ese aspecto y tampoco tengo un cargo público que pueda verse afectado por este parentesco del que renegué hace muchos años. ¡Adiós, Howard!

Ayres comprendió que la conversación había terminado y colgó el teléfono suavemente. Cuando Corinne volvió al dormitorio, tenía el rostro encendido todavía, aunque sonreía atractivamente.

—Perdona la tardanza —dijo—. Era un antiguo conocido. Había bebido un poco y quería venir a visitarme. ¡A estas horas! —añadió, fingiendo escandalizarse.

—El sadismo tiene muchas formas de manifestarse —contestó

Ayres jovialmente—, ¿Qué hay de esa copa?

Corinne se marchó, para volver a los pocos minutos. Sentada en el borde de la cama, bebió lentamente, mientras miraba al joven con ojos llenos de pasión. La bata se abrió una vez, descorriéndose por el hombro izquierdo, y ella se sintió orgullosa de mostrar sus atractivos físicos sin el menor velo.

Pasado un largo rato, Corinne se quedó profundamente dormida. Ayres esperó un poco y hasta la sacudió ligeramente, pero ella no despertó. Entonces, con grandes precauciones, empezó a vestirse.

Dejó los zapatos para el último momento. En el dormitorio había un enorme ropero. Registró los numerosos bolsos y, al fin, en uno de ellos encontró una pequeña agenda, con tapas fileteadas de oro, en la que había anotados un buen número de teléfonos.

El número que buscaba lo encontró en la letra P.: 441 22 D 051 79D.

—«P de panteón» —murmuró, mientras copiaba la anotación.

Luego dejó todo tal como lo había encontrado. Al terminar, arrancó una hoja de su propia agenda y la dejó junto a la cajita de música, que graduó para que sonase a las diez de la mañana.

La nota decía:

«Para ninguno de los dos habrá jamás otra noche igual».

Cuando salía de la casa, Ayres se dijo que era un mensaje que podía ser interpretado de dos formas diferentes. Una primera noche no era semejante a la segunda... o esa noche no se repetiría nunca. El había decidido que su mensaje tuviese el segundo significado.

* * *

Karen fue a visitarle al otro día, alrededor de la una de la tarde. Ayres salió a recibirla y, por encima de los hombros de la muchacha, divisó un coche estacionado junto a la acera.

—Otra vez esos pelmazos —gruñó.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha.

—Anda, entra.

Ayres se dirigió a una de las ventanas, armado con un par de prismáticos. Sí, allí estaban Leech y sus dos secuaces, vigilando la casa con tenacidad de perros de presa.

—No se cansan —masculló.

—Te vigilan, ¿eh?

—Desde luego. Oye, ¿te gustaría hacer esta noche una excursión al cementerio?

Karen se sobresaltó.

—No pretenderás violar la tumba...

—¿Por qué no? Pero antes de que entremos en explicaciones, iremos a comprar algo en el supermercado de la esquina. Lo necesito imprescindiblemente. Espera un momento, por favor.

Ayres fue a su dormitorio, se puso la chaqueta y luego escribió algo en un trozo de papel, que deslizó en un bolsillo. Acto seguido, regresó a la sala, agarró a la muchacha por un brazo y la empujó hacia la puerta.

—No comprendo nada —dijo Karen desconcertada.

—No te excites. Ya llegará el tiempo de las explicaciones —contestó él, impasible.

Salieron de la casa y caminaron apaciblemente por la acera, pasando junto al coche, como si no existiera. Unos metros más adelante, Ayres metió la mano en el bolsillo para sacar el encendedor. Con el gesto, se salió aquel papel, que cayó al suelo, pero, sin haberse dado cuenta, siguió adelante, mientras charlaba animadamente con la muchacha.

Leech aguardó medio minuto, hasta que la pareja se hubo perdido tras la esquina más cercana. Entonces, saltó del coche, corrió hacia el papel y lo recogió ávidamente.

Sus ojos brillaron al enterarse de su contenido. Regresó al coche y dio una orden al chófer:

— ¡A casa, rápido!

Oculto tras la esquina, Ayres contempló la escena y sonrió.

—Ya han picado —dijo.

—Pero ¿quieres decirme de una vez lo que está sucediendo? —preguntó Karen, hirviendo de impaciencia.

Ayres la agarró por el brazo y emprendió el camino de regreso a su casa. El coche con los hampones se había perdido ya de vista.

—Vamos a hablar de nuestra excursión al cementerio —dijo plácidamente.

* * *

El mausoleo parecía un Partenón en pequeño, aunque con muchas menos columnas. Había un pórtico, al que se accedía por una escalinata de cuatro peldaños y debajo, en el centro, se hallaba la artística verja que permitía el paso a la cripta.

Alumbrado por la linterna que sostenía uno de sus secuaces, Leech hizo girar la rueda de la combinación, de acuerdo con las indicaciones del papel «extraviado» por Ayres.

Al terminar, agarró la manija y tiró con fuerza.

No ocurrió nada. La verja era de dos hojas y continuó cerrada.

Leech miró con rabia el enorme féretro, situado encima de un túmulo de mármol rojo, en el que brillaban los trece clavos colocados en la tapa. Volvió a repetir la operación, pero la puerta no se movió un milímetro.

En aquel instante, se encendieron varios potentes focos. Un megáfono emitió una rugiente intimación:

—¡Policía! ¡Todos quietos ahí, con las manos en alto!

Leech se revolvió ferozmente. Ciego de ira, comprendió que, una vez más, Ayres había vuelto a engañarle.

La cólera nubló su entendimiento por completo. Esta vez no se andaría con rodeos. Escaparía, lo buscaría y le llenaría el cuerpo de plomo, aunque fuese lo último que hiciese en este mundo.

Sacando la pistola, intentó abrirse paso a tiros, mientras sus compinches, más prudentes, alzaban los brazos. Leech, sin embargo, no tuvo tiempo de hacer un solo disparo. Alguien, con un rifle, le atravesó una pierna. El dolor, lacerante, le venció y cayó al suelo, sollozando de rabia y de dolor. Estaba derrotado, lo sabía y no podía hacer nada por evitarlo.

* * *

Cuando el estruendo se hubo disipado y el silencio volvió al cementerio, Ayres se incorporó detrás de un espeso seto, situado a unos treinta metros del panteón.

—Bueno, creo que ahora nos toca a nosotros —dijo.

Karen se levantó también.

—¿No habrá quedado algún policía vigilando en las inmediaciones?

—Descuida, se han marchado todos.

—Engañaste a Leech...

—Sí, dejé caer un papel con una combinación imaginaria. Era la única forma de poder venir aquí sin ser seguido y, obviamente, sin riesgos. Vamos de una vez.

Rodearon el seto y avanzaron hacia el mausoleo. Cuando llegaron ante la verja, Ayres sacó el papel con la anotación de la clave y empezó a hacer girar la rueda.

Momentos después, se oyó un ligero chasquido. Ayres hizo girar

la manija, tiró y la verja giró con silenciosa suavidad.

Con la linterna, se alumbró para descender los tres escalones que permitían el acceso al suelo del panteón. Karen le siguió, aprensiva y temerosa.

—Me parece ser la protagonista de una película de terror —dijo.

—El único que podía darnos miedo, está ahora camino al hospital —contestó él.

Había un interruptor, para las luces interiores de la cripta, situado a la derecha de la entrada, pero no las encendió.

—Usaremos la linterna solamente —decidió.

Llegaron junto al féretro y entregó la lámpara a la muchacha. Luego sacó un destornillador del que se había provisto con anticipación y empezó a forcejear con el clavo más cercano.

—Lo que no acabo de comprender es por qué tiene que faltar un clavo —dijo, mientras se esforzaba en su tarea—. ¿Dónde diablos fue a parar?

—¿No sería el que encontró Capple en casa de Swart?

—No. Era un modelo solamente... Ah, ya está.

El clavo había salido. Ayres hizo presión y la cabeza empezó a girar sobre su rosca.

—Ahora saldrá el primer diamante —dijo, satisfecho.

La cabeza se separó del vástago, situada en posición inversa, para evitar que el diamante cayera al suelo y se dañase. Al terminar la operación, Ayres sufrió un terrible sobresalto.

—¡No hay nada! ¡Está vacío! —exclamó.

Karen no se sentía menos asombrada. Durante unos momentos, ninguno de los dos acertó a reaccionar. Simplemente, no sabían qué hacer.

Entonces sonó una voz en la entrada:

—Aléjense del ataúd. Tengo una pistola en la mano y la usaré si no me obedecen de inmediato.

—¡Harris! —dijo Ayres.

—Muchas gracias por habernos abierto la verja del panteón —añadió Hettie Reid burlonamente.

CAPITULO XII

Hettie descendió los escalones y manejó el interruptor de la luz. Las lámparas, de claro estilo funerario, arrojaron torrentes de luz sobre la escena.

—Veo que han arrancado un clavo —dijo Harris—, ¿Tiene la bondad de dejarlo sobre el féretro?

Ayres enroscó de nuevo la cabeza del clavo y lo situó encima de la tapa, junto a dos enormes iniciales doradas, con un relieve de casi dos centímetros, que señalaban la identidad del difunto: A. W. Luego se retiró unos pasos.

—Han sido muy amables —dijo Hettie—. Sobre todo, al engañar a Granny. Cuando nos dijo que tenía la clave, que usted había perdido, pensamos de inmediato que se trataba de un ardid.

—Y no quisieron desengañar a Leech...

—Para que nos dejara el campo libre, efectivamente.

Ayres se volvió hacia Harris.

—¿Se da cuenta de que varias personas han muerto por su culpa? —preguntó.

—No quería estorbos —contestó el interpelado cínicamente.

—¿También mi padre era un estorbo? —gritó Karen.

—Le pedí que me indicase dónde había dejado los diamantes. Siempre dijo que no los había robado, pero yo no lo creí. Estaba, además, dispuesto a darle la mitad del millón. Cuando me convencí de que no conseguiría nada por este camino, me dije que no se beneficiaría de un solo diamante. Ya acabaría por encontrarlos yo, y así ha sucedido.

—Entonces, debió de pensar lo mismo acerca de Albert, Steyn y los demás —dijo Ayres.

—Todos eran competidores. Este era un asunto en el que sólo podía haber un ganador.

Ayres meneó la cabeza.

—La verdad, me parece que ha perdido el tiempo —dijo.

—¿Por qué? La idea es muy ingeniosa. Los diamantes en el interior de unos clavos con la cabeza hueca. Falta uno, en efecto, pero es una pérdida mínima y puedo soportarla perfectamente —contestó Harris.

—Está bien, los clavos son suyos —indicó el joven con un ademán.

—Lo haré yo, Howard —dijo Hettie.

La joven avanzó unos pasos. Abrió el clavo que Ayres había arrancado en primer lugar y lo encontró vacío.

—Se ha guardado el diamante —dijo.

—Saca los demás clavos —ordenó Harris—. Luego le obligaremos

a que entregue el diamante. Diablos, puedo perder un diamante, algo más de setenta mil dólares cada uno, pero dos resulta ya excesivo.

Ayres se encogió de hombros.

—Perderá el tiempo, Hettie.

—Váyase al infierno —dijo la rubia.

Agarró el destornillador y, después de varios esfuerzos, arrancó otro clavo. Luego se aplicó a desenroscar la cabeza.

Instantes después, lanzaba un feroz chillido:

—¡Howard, no hay nada!

Harris respingó.

—Eso no es posible. Sé muy bien que los diamantes fueron escondidos en los clavos...

—Esa fue mi primera intención —sonó repentinamente la voz de Corinne Wilmington—. Pero luego me lo pensé mejor y decidí que debía obrar de una forma muy distinta.

Harris se volvió estupefacto hacia su hermana, que sonreía en el umbral de la cripta. Hettie, loca de furor, abrió su bolso y sacó un pequeño revólver.

—Señora, le doy diez segundos para que nos diga dónde están los diamantes. Si se niega a contestar, la mataré —dijo rabiosamente.

* * *

Corinne no se inmutó y miró a la rubia con aire despreciativo.

—¿Cree que matándome conseguirá los diamantes? Guarde ese revólver, estúpida. No le va a servir de nada y lo único que puede conseguir es un montón de años en un presidio.

—Corinne, por todos los diablos, dínos, ¿qué hiciste con los diamantes?

—Los tengo en la caja fuerte de mi Banco, naturalmente —respondió la señora Wilmington sin inmutarse.

—Pero te los robaron... Fue algo que se comentó en ciertos ambientes...

—Sí, en «tus» ambientes —contestó ella incisivamente—. El que me robó los diamantes, se dio cuenta más tarde de que sólo eran unas copias perfectas. Cuando quiso vender uno, naturalmente. Y el tipo prefirió callar, por amor propio. —Corinne se volvió hacia el joven—. Es un profesional que había actuado muchos años antes con el padre de esa muchacha; por eso se decía que el robo tenía todo el sello de Jeff Thorne —explicó.

—Bueno, pero la compañía de seguros pagó la indemnización...
Corinne sonrió sibilinamente.

—Hicimos correr la voz —contestó—. No hubo tal pago; ni habrá recompensa por la recuperación, se dejó creer que los diamantes habían sido robados, para que no me molestasen más. No está bien que yo lo diga, pero tengo un buen paquete de acciones de esa compañía de seguros y no me costó demasiado convencer al presidente.

—Eso le costó la vida a mi padre, señora —dijo Karen hoscamente.

—No, muchacha, no es verdad. A tu padre no le creyeron y por eso lo asesinaron. Es duro admitirlo, pero lo que le sucedió fue consecuencia de su pasado.

—Corinne, ¿qué me dices de Steyn? Era inocente de todas estas maquinaciones —adujo el joven.

—¿Podía yo imaginar que alguien se lanzase un día a matar a la gente por la ambición de conseguir esos diamantes? De todas formas, no estoy segura de que Steyn no hubiera sospechado algo y tratase de conseguir su tajada del pastel, lo mismo que Swart. En todo caso, no me considero culpable, como tampoco tengo nada que ver con la muerte de Albert. Howard lo ha dicho bien claro hace unos momentos: eran sus competidores.

—Bien, dejemos esto por el momento —dijo Ayres—. Los diamantes están en el Banco, pero nosotros tenemos enfrente una pistola y ésta es una situación que no me gusta en absoluto.

Corinne se volvió hacia su hermano.

—Howard, será mejor que empieces a poner en orden tus cuentas. Tienes una semana de plazo para hacer las maletas y largarte de la ciudad.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Harris.

—Ya lo has oído. Estás con el agua al cuello y no pienso mover un dedo para evitar tu ruina. No me tomes por una mujer vengativa; soy mucho mejor de lo que crees. Te habría ayudado de muy buena gana, si hubieses sido otro, si tus «negocios» no hubieran sido tapaderas de asuntos claramente delictivos, en suma. Hace bastantes años, cuando me casé con Wilmington, te pedí que abandonases esa vida y no me hiciste caso. Bien, ahora tendrás que atenerte a las consecuencias.

Una vena se hinchó de pronto en la frente de Harris.

—Me abandonas... me dejas en la estacada...

—Es mi turno —respondió Corinne fríamente—. Pero, de todos modos, no te quejes si te mojas. Hace tiempo que te ofrecí un paraguas y no quisiste aceptarlo.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Hettie lanzó un histérico chillido.

—De modo que esta maldita zorra tenía los diamantes todo el

tiempo y no nos dijo nada...

—¿Esperaba acaso que se lo dijera? —contestó Corinne desdeñosamente.

Hettie pareció enloquecer. Ayres adivinó sus intenciones y saltó hacia ella. Logró golpear su muñeca y desviarla, pero no consiguió impedir que saliera el tiro.

Harris se tambaleó, con una expresión de sorpresa en su rostro.

—Hettie... ¿qué has hecho? —preguntó, a la vez que llevaba las dos manos al pecho.

La rubia parecía atontada. Ayres le quitó el revólver y corrió hacia Harris, pero llegó tarde. Las rodillas del sujeto se doblaron y cayó hacia adelante, quedando hecho un ovillo al pie del féretro.

Ayres hizo un gesto con la cabeza dirigido a la muchacha.

—Karen, atiéndela.

Ella asintió. Acercándose a Corinne, la sacó fuera del mausoleo. Algunos hombres de uniforme surgieron de la oscuridad cercana.

—Me parece que hemos llegado tarde —dijo el sargento Hillburt, pesarosamente.

* * *

—Deberías haberme pedido la clave —dijo Corinne días más tarde, con claro acento de reproche.

—Lo siento —se disculpó Ayres—. No se me ocurrió..., pero, ¿hubieras accedido?

—Si hubieses sido enteramente sincero conmigo...

—Sospechábamos de ti —confesó él—. Puede que te resultase ventajoso seguir manteniendo la ficción del robo, pero eso nos daba derecho a sospechar que lo habías simulado, para cobrar la prima del seguro.

—Tal vez tengas razón, pero debes comprender que, en determinadas circunstancias, cada uno debe mirar por sus propios intereses.

—Si, es verdad.

Ayres contempló a aquella hermosa mujer, que vestía ahora un discreto traje gris, con cuellos y puños blancos. Tenía un pasado borrascoso, pero había sabido cambiar de vida, aunque, se dijo, era preciso reconocer que los millones de Wilmington habían tenido buena parte en aquel cambio.

—Corinne, hay algo que no he logrado comprender todavía. Son catorce diamantes y encargaste catorce clavos...

—Ah, eso fue idea de Steyn. —Corinne sonrió—. Era un gran

admirador mío y la idea me pareció aceptable en un principio. Pero él insistió una y otra vez... Por eso llegué a creer que quería realmente apoderarse de los diamantes.

—¿Estaba de acuerdo con Swart?

—Muy probablemente. Pero, ¿qué te falta aún por conocer?

—El clavo número catorce. ¿Dónde está?

Ella se echó a reír. Fue a un escritorio de estilo Luis XV, abrió un cajón, sacó un objeto dorado y se lo tiró al joven.

—Toma, te lo regalo como recuerdo —dijo—. Es de oro macizo, como los otros.

—Dijeron que eran de hierro...

—Otro ardid —contestó ella—. Bien, sólo pusimos trece clavos en el ataúd, porque Dahlgren, el de la funeraria, dijo que no resultaba estético poner dos clavos en la cabecera y otros dos en los pies. La verdad, no tenía demasiado interés en llevarle la contraria.

Ayres hizo saltar el clavo en la palma de la mano.

—Conserva la cajita de música —se despidió.

* * *

Karen hizo café y llevó las tazas a la mesa. Luego se sentó frente a su visitante, que jugueteaba con el clavo de oro.

—Quint, ¿qué tienes tú que ver con la Policía? —preguntó.

—Oficialmente nada. A veces, sin embargo, me encargan la revisión de unos libros de cuentas pertenecientes a tipos sospechosos. Cuando tú viniste a verme la primera vez, yo me puse en contacto con el sargento Hillburt. Era preciso encontrar a los asesinos de tu padre, pero luego, las cosas se complicaron.

—Comprendo. De modo que la señora Wilmington te ha regalado el clavo número catorce.

—Así es.

—Seguramente, en memoria de alguna velada muy grata.

Ayres sonrió para sí.

—Hettie iba a matarla y yo le salvé la vida, recuérdalo —contestó.

—Oh, es verdad...

Ayres jugueteaba con el clavo y, de forma maquinal, había desenroscado la cabeza. Algo que despedía destellos cegadores rodó por la mesa.

—¡Dios mío! —exclamó Karen—. Es un diamante de la famosa colección Marstone.

Las cejas del joven se juntaron. En aquel momento, sonó el teléfono. Karen atendió la llamada y luego hizo un gesto con la mano.

—Para ti, Quint.
Ayres se levantó. Inmediatamente, reconoció la voz de Corinne.
—¿Has abierto el clavo, Quint?
—¡Corinne! —gritó el joven—. ¿Es que tú...?
—Claro, hombre. Es mi regalo de bodas.
—No digas tonterías...
—Sé que sucederá, Quint —dijo ella.
—Pero... el clavo ya es bastante. El diamante vale un montón de dinero...
—Tienes un diamante y tienes oro. Encarga que te hagan una sortija de pedida, hombre.
Ayres sonrió.
—No es mala idea —convino—. Gracias, Corinne.
Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.
—Dice que me quede el diamante. Con el oro, podré encargar una sortija de petición de mano.
—No sabía que estuvieses a punto de casarte —dijo ella, sorprendida.
—Pues... alguna vez tenía que ser, Karen. Si me permites, tomaré tu medida, para que el joyero haga la sortija debidamente ajustada al dedo que ha de lucirla.
Karen se mordió los labios. Luego sonrió.
—¿Estás seguro de que aceptaré?
—¿Tolerarías que ofreciese el anillo a otra?
—¡Eso no, Quint! —gritó Karen vivamente.
Ayres la agarró por un brazo y la empujó hacia la puerta.
—Vamos a ver al joyero inmediatamente. Conozco a uno muy bueno, que es un artista...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**